

LOS DEMONIOS LLORAN ARRODILLADOS



TOÑO GUEDE



Toño Guede

**LOS DEMONIOS LLORAN
ARRODILLADOS**



UNO

1

Se podrían decir muchas cosas al respecto de ese cuerpo inerte, que estaba tirado como un guiñapo, abandonado como un zapato usado, dejado de la mano de Dios. Pero cualquier cosa que se dijese no iba a mejorar su situación.

El cadáver también estaba algo perjudicado.

Rodolfo Buendía, policía local en estado de permanente escaqueo, tuvo la suerte de tropezarse con el cadáver. Rodolfo Buendía, que había luchado duramente para entrar en la policía local exclusivamente para dedicarse a no hacer nada durante sus largas jornadas de trabajo y cobrar a fin de mes, se había tropezado de bruces contra material de trabajo sensible, aunque insensibilizado por la muerte. Estaba, perdiéndose por la muralla, caminata que le serviría de excusa ante sus superiores si era pillado en falta alegando que desde allí había una perspectiva urbana que permitía observar la posible actividad delictiva. Como si de un superhéroe rechoncho se tratase.

Y en ese pasear lejos de la cotidianeidad de la urbe fue a tropezar con un problema que consideraba grave. Tras una dilatada reflexión, una vez hubo

recuperado la consciencia, consideró que lo más apropiado era pasarle el muerto a otro. Llamó a la central para notificar el hallazgo y acto seguido se puso en contacto con la Policía Nacional. Cuanto antes adjudicase el cadáver a sus legítimos dueños, antes podría regresar a sus quehaceres cotidianos.

Respecto al luctuoso hallazgo podría afirmarse que a la víctima la muerte le había sonreído a la edad de cuarenta y cinco años, pero esa sonrisa no sería devuelta por el titular del suceso.

Ramón Rodríguez tenía al perro agarrándole por un lugar que hacía que la prudencia recomendase ningún movimiento. El tal Ramón Rodríguez no era el de la copla, pero por alguna gracia del destino debemos deducir que su olor sí que era similar. De ahí que el can, galopando desde el abismo del tiempo y de las dimensiones pretéritas se abalanzase sobre el pobre Ramón y le cerrase las fauces en tan delicadas partes.

Ramón quedó paralizado en medio de su cocina, con los genitales dentro de un ser que era incapaz de percibir con otros sentidos salvo un muy sentido dolor en la entrepierna, con un café en su mano, el cual fue enfriándose progresivamente, con la misma velocidad que la rojez invadía la cara del pobre hombre, y que sus articulaciones se iban agotando de tal postura.

Por alguna conjunción de astros, el can soltó a su presa y esta cayó exhausta y temerosa.

Poco más puede decirse de este encontronazo dimensional.

La mujer de Ramón atribulada, pero desde todo punto deseosa de solventar el problema, una cosa era que mancillasen a su marido, pero otra muy distinta que

esta mancillación se produjese en su casa, optó por buscar una pronta solución.

Así pues, viéndose inserta en un problema que superaba sus conocimientos, que podemos manifestar que eran absolutamente escasos en casi todos los órdenes de la vida, decidió llamar a su párroco en busca de consejo, algo que realizaba con una asiduidad excesiva, según opinión de dicho párroco, opinión que este mantenía en el más discreto de los silencios, que es la mejor manera de guardar un secreto propio.

Don Manuel Capilla se encontraba en esa etapa de la vida en la que ya estaba deseoso de verse con su jefe y abandonar este valle de lágrimas y, sobre todo, de los desagradecidos malparidos que formaban su grey.

Si bien atender a las demandas de Engracia no le hacía ninguna gracia, sentía cierta pena por el infeliz de Ramón, motivo por el que decidió romper su rutina y acercarse a dar cumplida solución al problema. Llegose pues Don Manuel al domicilio de Ramón y Engracia. Supo de lo acontecido. Y tras cavilosos análisis manifestó, o más bien inquirió:

—¿Un perro?

—Sí. Un perro.

—Pero, ¿de qué raza?

—Incorpóreo.

Manuel no entendía que estaba sucediendo, tan poco le importaba, pero sí fue capaz de sentir la presencia del can, que una vez soltada su presa se le intuía en una esquina del inmueble, agazapado a la espera de un nuevo salto y una nueva dentellada. El párroco fue incluso capaz de oír sus gruñidos. Asustose. Y decidió hacer lo que consideraba correcto. Llamó a la diócesis y, tras una dilatada conversación en la que fue atendido simultáneamente por diversas personalidades de la jerarquía local, logró ser tenido en cuenta.

Felizmente, tras dos horas de espera, lo que les había llevado a alcanzar la noche bien entrada, o mejor la antesala de la madrugada, llegó la salvación a casa de Ramón.

Sonó el timbre y al abrir apareció ante ellos un individuo de negra presencia en sus trajes y lividez extrema en la faz.

—Hermenegildo Dapena. Exorcista de segunda.

—¿De segunda? No sabía que había grados.

—Hay. Desde que me examiné yo en exorcismos y no aprobé.

—Suspendió.

—No exactamente. Tengo el título. Simplemente no aprobé.

—Pero es un exorcista de segunda.

—Es lo que hay.

—Y, ¿cómo es que lo admitieron?

—Faltan exorcistas.

—Ah.

Se acercaron a la esquina donde el etéreo can aguardaba para saltar sobre su presa nuevamente. Dapena procedió con sus tareas de exorcismo. Una voz de ultratumba surgió. Una verborrea en latín llenó la habitación. Dapena sacó de su maletín una libreta y un diccionario y dirigiéndose al vacío del que surgiera la voz gritó:

—¿Me puede repetir, por favor?

Don Manuel, rojo de ira, inquirió.

—¡¡¡Pero, ¿no sabes latín, zoquete?!!!

—No. Ya le he comentado que suspendí.

Hubo algo en el aire. Un cambio de presión, una especie de succión, un algo indefinible. Y de repente la presencia se diluyó.

Hubo silencio. Hubo extrañeza mezclada de alivio. Hubo, sobre todo, la seguridad íntima de que el

perro había desaparecido en los confines dimensionales de donde había surgido.

—¿Ve? Y siendo un exorcista de segunda.

Don Manuel prefirió ahorrarse su opinión. Lo más prudente sería marchar antes de que diese rienda a sus instintos más bajos.

Don Manuel, fruto de la casualidad o de una burla demoniaca, era párroco de San Roque. Pero la relación entre el perro, el santo y el nombre de la infeliz víctima tardó en formarse en su mente. Y acaeció que esa conjunción de ideas vino a dársele en la mente justo cuando estaba delante mismo de la capilla en honor a dicho santo. Sonrió.

Y no pudo hacer nada más en su vida.

3

Pedro Pérez sabía que en su dilatada vida como agente de seguros podría llegar muy lejos si perseveraba, lo que no había imaginado era que ese lejos serían cientos de quilómetros desde su cálida Murcia natal hasta este frigorífico llamado Lugo. Cada día que salía a la calle a patear para ganarse la vida y se tropezaba con la muralla se preguntaba qué demonios se les había perdido a los romanos siglos ha en ese perdido páramo galaico.

Llegó a la oficina y se encontró con la cara de su jefe unos segundos después de haberse tropezado con sus gritos. Era el anuncio de una inminente reunión en el despacho. Pedro Pérez estaba acostumbrado a esas reuniones con las altas esferas. Había tenido muchas, y casi todas con el mismo final, una caída indiscriminada en las listas del paro. De hecho había estado más tiempo en las listas del desempleo que en las de todas las empresas en las que había trabajado.

Entró despacio. La experiencia le había enseñado que no había prisa para esos menesteres. Miró la enrojecida cara de su jefe. Entre sentarse o quedar de

pie optó por esto última, por si la realidad obligaba a un apresurado escape.

—¿Sabe usted cual ha sido su productividad esta última semana?

—Aproximadamente.

—¿Aproximadamente?

—Sí. Creo saberlo, pero no lo recuerdo con exactitud.

—¡Ah! Vaya. ¿Así que no recuerda usted que ha hecho con exactitud haber firmado cero pólizas? Imagino que es un número difícil de recordar.

—A simple vista no lo parece, pero hay que ponerse en circunstancias. Desde según qué perspectiva, hasta un número tan fácil de recordar puede llegar a ser complejo. Todo depende de cómo se interiorice.

—¿De cómo se interiorice?

—Sí.

—Pues le recomiendo que exteriorice su cuerpo y patee las calles en busca de gente que firme pólizas o tendré que exteriorizarlo a usted de esta empresa. ¿Queda claro?

—Sí.

Pedro Pérez salió aliviado, había salvado el primer asalto. Un día más. Sólo un poco suerte y podría revertir su quebrada vida laboral.

Desandó la avenida de la Coruña hasta tropezarse con la boca que engullía viandantes adentro del muro secular. Cruzó aprovechando que el semáforo aún seguía en verde. Antes de entrar en la ciudad vieja se tropezó con un monumento que recordaba que hace dos mil años los romanos habían decidido perderse por allí y montar ese gélido lugar llamado Lugo. Traspasó la puerta de San Fernando que daba paso a la calle del mismo nombre. Anduvo hasta la plaza del Ferrol tropezándose con viandantes de rostro compungido. Siguió recto, necesitaba llegar pronto a la plaza de Santo Domingo y encontrar a su fiel amigo abriendo el negocio. Tenía que pillarlo ahora, antes de que comenzasen a entrar clientes y fuese imposible hablar con él. Con suerte podría tener una póliza firmada antes del primer café del día y así podría maquillar sus números.

Delante de la fachada del edificio de la diputación había un grupo de ancianos en lo que parecía una concentración silenciosa. Pedro Pérez se sentía desubicado. Había poca gente, y la que caminaba por la

calle parecía sufrir alguna misteriosa congoja. De refilón observó a un viandante que llevaba el periódico doblado bajo el brazo y se sorprendió de leer algo sobre unas muertes. Le picó la curiosidad.

Llegó justo cuando su amigo subía la persiana. Un cruce de saludos y varios chascarrillos después, al fin estaban sobre el mostrador firmando el papeleo. Antes de salir de la tienda ya había tramitado por la aplicación del móvil el alta de la póliza. Había salvado otro día de trabajo.

Relajado, y pensando en dónde abordar a su próxima víctima, fue hasta la calle Montevideo, esquina con rúa Nova, donde paró a tomar café y tratar de leer la prensa. Le picaba la curiosidad.

La prensa hablaba de dos muertes consecutivas sorprendentes y misteriosas. José Carballo, empresario de hostelería, de mediana edad, había sido hallado muerto en la muralla a primera hora de la mañana anterior. Y esa misma noche el cadáver del párroco de San Roque había sido encontrado delante de la puerta de su iglesia, sin signos de violencia ninguna de las dos víctimas.

Pedro Pérez comenzó a comprender los gestos de la gente esa mañana. Lugo se había convertido en una

ciudad peligrosa. Era hora de desplegar toda su labia, este era el momento que había buscado toda su vida. Se haría de oro con sus pólizas de decesos.

Su futuro estaba en Bispo Aguirre. Pagó y salió raudo, trotando más que caminando sobre la dura piedra del suelo de la ciudad. Avanzó hasta la plaza del Campo, pero en lugar de tomar la calle de la Cruz, dobló por Bispo Basulto para llegar hasta la catedral. Miró la fachada del santo templo y alzó una plegaria a Dios pidiendo que estas nuevas esperanzas que se abrían con tan extraños sucesos le permitiesen salir de su mediocre vida.

Y su plegaria fue atendida.

Pedro Pérez cayó tras el cimborrio cual saco de patatas dejado indolentemente sobre el asfalto. En su rostro una sonrisa hacía intuir las mil opiniones diferentes que Pedro Pérez tendría sobre su tan prematura muerte.

—Muy buenas noches. Permítame que me presente. Juan Iglesias, vampiro aficionado.

Ramón había abierto la puerta con el desánimo propio de quien ya ni a la muerte espera.

—¿Aficionado?

—Sí. Soy oficinista de día y vampiro de noche, pero como esto del vampirismo no da para comer, pues me considero un simple amateur. Además, esto realmente lo hago por vocación.

Ramón Rodríguez miró al interfecto. Cuerpo chupado como le hubiesen absorbido hasta el alma, pero, ¿por dónde? Apenas tenía por donde ser asido. Estrecho de hombros, que de hecho se le intuían porque había protuberancias a ambos lados del cuello. La cara también chupada, o mejor, los rasgos de la cara parecían la de alguien que estaba chupando algo, absorbiendo con deleite y pasión. ¿Se estaría sorbiendo a si mismo? Ramón deseó la idea tan pronto surgió en su mente.

—¡Pase, pase!

En Ramón existía desde el día anterior una total ausencia de miedo, había sobrevivido a una dentellada ultraterrena y, sorprendentemente, había recuperado

su vigor sexual tras años de... bueno, de tener una situación más caída que candente.

Le acompañó, guiándolo, hasta el salón. Su mujer, Engracia De Dios, decidió bajar el volumen de la televisión, no tanto como para que los hombres pudiesen hablar, como para poder ella escuchar en condiciones.

—¿Café, té, agua?

—No, gracias, muy amable.

—Y, ¿bien?

—Deseo que me cuente lo sucedido ayer.

Ramón dibujó una expresión de extrañeza que parecía más un rictus nefrítico.

Hubo un silencio prolongado.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Puede.

Hubo otro silencio, cargado de miradas, la de Ramón, inquisitiva, la de Juan abstraía, perdida en la contemplación del techo y en las elucubraciones propias de su mente.

Finalmente, Ramón habló. Y narró todo lo sucedido. Sin metáforas, sin comentarios al margen y sin el menor asomo de tensión en su voz.

—¿Eso es todo?

—¿Le parece poco?

La semiaflautada voz de grillo de doña Engracia de Dios emergió en medio de la escasa tensión narrativa como contrapunto perfecto. Juan pareció reaccionar.

—¿Considera usted que ese suceso tiene algo que ver con el fallecimiento de don Manuel?

—Absolutamente.

—Pero no han ido a la policía a informar de los hechos.

—Sería algo complicado de explicar.

— ¿Usted que quiere? —Terció la intrépida Engracia.—¿Qué encierren por loco a mi marido?

—No, señora, yo sólo...

—Largo, fuera de aquí.

Siguió berreando mientras empujaba al oficinista profesional y vampiro amateur hacia la puerta hasta que finalmente logró echarlo fuera de su santa morada. Cerró con energía, poca, pues los goznes flojeaban en el marco y un portazo podría agravar su estado, y reposó, cansina y cansada, la espalda contra el interior de la hoja y los ojos firmemente cerrados. Cuando aligeró la tensión del cuerpo y abrió los ojos pudo contemplar a su marido frente a ella. Ramón mostraba el ceño inclinado en un gesto de preocupación que buscaba más cubrir el

vacío existencial que tenía en ese instante que la propia respuesta a su duda.

—¿Pasa algo, amor mío?

—Pues que no sabemos a qué ha venido ese tipo.

La afirmación supuso un alivio de tensión en Ramón y una profunda fuente de inquietud en Engracia, quien asimiló todo el peso de la duda dentro de sí hasta que llegó frente al televisor y vio como las maravillas de un lavavajillas borraban de su mente todo recuerdo de esa velada.

Definitivamente Rodolfo Buendía no había tenido un buen día desde que se tropezara con el cadáver. Y parecía que sus malos días habían dado paso, por algún proceso continuista desconocido para él, iban a seguir.

Tras localizar al cadáver tuvo que esperar junto al cuerpo a que se fuesen personando el resto de implicados en la limpieza de la zona, es decir, los nacionales que iban a hacerse cargo de la investigación, el juez que tenía que ordenar el levantamiento del cadáver, el equipo de criminalística que peinaría la zona recabando toda la información que pudiera hallarse en el lugar de los hechos. Pero además tenía que acordonar la zona y mantener alejados a los intrusos, que al principio eran meros viandantes, pero que , a medida que iba corriendo la noticia por las calles de la ciudad, se convirtió en una marea ingente de curiosos ávidos de palpar de primera mano la realidad de sucesos. Contener a esa turba, compuesta en gran medida por jubilados aburridos de su eterna monotonía, era algo complejo. No respetaban la línea delimitadora, increpaban al bueno de Rodolfo, hiciese lo que hiciese,

le daban paraguazos si tenía la osadía de acercarse mucho a la cinta que él mismo, malamente había tendido entorno al cuerpo. ¡Paraguazos! Pero si hacía un sol de justicia desde primera hora de la mañana y no se intuía ninguna nube en todo el cielo. Y lo peor era oír los gritos provenientes de los balcones de los edificios de fuera de la muralla, tras la ronda de la Muralla. Y todo ese sacrificio para que, al llegar sus compañeros, con su jefe al frente, recibir como pago gritos y desprecios.

El hallazgo del cadáver le trajo un cambio a la vida laboral de Rodolfo, lo encasquetaron tras una mesa a realizar trabajo administrativo. Si bien no era igual que escaquearse callejeando, ofrecía la ventaja de poder trabajar con la lentitud propia de quien, si sabe administrar el tiempo, es capaz de dilatar la redacción de cualquier documento a lo largo de toda la mañana.

La mañana siguiente Rodolfo llegó con ánimo redoblado a su puesto de trabajo. Durante la cena había estructurado el cómo convertir su nuevo emplazamiento en una oportunidad para sus ansias laborales. Pero vino a truncarse este plan. Fue llamado a la oficina de su superior, quien le informó del nuevo macabro suceso. Como todo apuntaba a la misma mano criminal, tanto en la muerte de José Carballo, como la

posterior de Manuel Capilla, y debido a lo justa de la plantilla policial de la ciudad, el comisario había cursado una petición a la policía local para que le cediese efectivos, y la mente del máximo responsable del cuerpo vio la oportunidad de quitarse de encima al bueno de Rodolfo, a quien no acababa de ver dentro del uniforme, a pesar de los volúmenes del susodicho.

Y Rodolfo se puso a las órdenes del inspector que llevaba el caso, Argimiro Luces, hombre de mirada turbia en faz cenicienta. Argimiro puso a Rodolfo a la busca y captura de testigos, los cuales nunca aparecieron.

Regresaba a casa a comer, no sabía si decepcionado o ilusionado, cuando Argimiro le llamó para que regresase. Un nuevo cadáver, esta vez al pie de la catedral, había aparecido.

La comida se evaporó, así como la posibilidad de regresar a su anterior paz laboral.

Tras el desastre de día, y lo que era peor, la seguridad de que los malos días continuarían durante una larga temporada, regresó al hogar con el ansia de quien aterriza en su palacio de cristal, deseando encontrar el sosiego, la paz y, sobre todo, ser olvidado durante unas horas por el mundo. Pero el mundo, o al

menos uno de sus habitantes, no parecía deseoso de complacer a Rodolfo.

Y así fue como el policía terminó sentado en su salón, frente a un ser que en principio parecía humano, pero cuyo conjunto general daba una impresión bien distinta.

—Y dice usted que tan sólo quiere un poco de información.

—Cierto.

—Puedo preguntar por qué.

—Puede.

Se instaló un silencio incómodo. Finalmente, Rodolfo, que comenzaba a notar cierto dolor intenso en todo su cuerpo, pero principalmente en la cabeza, claudicó.

—¿Por qué?

—Pues porque percibo ciertas anomalías en estos repentinos fallecimientos y quiero encontrar la causa. Y a ser posible también al culpable.

—Me ha dicho que usted es Juan, vampiro.

—Vampiro aficionado, para ser exacto. Y usted es Rodolfo, policía. Pero esto es una charla informal, extraoficial.

Rodolfo no sabía que una persona podía ser un vampiro y extraoficialmente convertirse en persona normal, pero es que a Rodolfo los conocimientos sobre vampirismo le quedaban muy lejos, concretamente desde hacía unos once años, cuando comenzó a ver una película sobre el tema, pero se durmió aproximadamente al terminar los créditos iniciales.

—Pero, yo no sé nada.

—Usted fue quien halló el primer cadáver. Y vio a los otros dos.

—Bueno, realmente el segundo cadáver no llegué a verlo.

—Interesante.

—Tan poco puedo ser de mucha ayuda, estos dos cadáveres fueron los primeros que vi en mi vida, así que no sé cómo debe ser un muerto normal. Y mucho menos un muerto anormal. Estaban allí, tiesos. Sin vida.

Juan miró al cielo, pero se encontró con el techo desconchado del salón. Inspiró meditabundo. Un sonoro bostezo lo regresó a la realidad.

—¿Noto algo?

—¿Algo? ¿Dónde? ¿Algo, cómo qué?

—En el ambiente. Alguna sensación que le sorprendiese.

—Me sorprendió una tiparraca con un paraguazo que me dejó una marca—separó un poco la camisa y se giró para mostrar las secuelas de la agresión— más o menos por aquí. Y aparte de eso, calor, mucho calor. Es que yo llevo mal el calor, sabe usted.

—Uhhh.

—Uhhh, ¿qué?

—Uhhh, nada. Le dejo. Tengo asuntos que atender. Quizás dentro de unos días regrese a verle de nuevo.

Rodolfo era plenamente consciente de que sus días de paz habían terminado, y no sabía con claridad cómo enfrentarse a los nuevos tiempos que, lamentablemente, le habían engullido.

6

Podría decirse que fue un encuentro casual, si la casualidad existiese. Realmente quien sí existía era doña Engracia De Dios. Estaba la doña atareada ubicando el cirio recién comprado en un chino cercano a la capilla, posicionándolo delante del altar para que se viese bien nítido su acto más que su ofrenda, antes de la misa por el alma del difunto, cuando su vista acertó a divisar, entre la multitud en puntos divergentes del interior del atestado templo, a dos figuras apegadas a sus últimas y accidentadas horas. Su vista había sido entrenada en largas tardes de vida contemplativa en el balcón de su casa. Y su voz, también entrenada en ese mismo recinto, adquirió la tonalidad propia de una soprano de baratillo, o mismo del todo a cien, chino o como fuese que lo llamasen, donde adquirió el cirio. Las cabezas titulares de los cuerpos que llenaban el templo se giraron, cada cual a quien le resultaba más cercano de los apelados, y como si de un mar bíblico se tratase, la grey quedó segmentada en dos, los tornados hacia Juan Iglesias y los que contemplaban a Hermenegildo Dapena.

Ante el pasmo general, ambos permanecieron en el interior del templo hasta que hubo finalizado la ceremonia. Hubiesen provocado el mismo pasmo en caso de haber abandonado el mismo en el preciso instante de ser delatados.

Una vez fuera se dedicaron durante un tiempo, ante la atenta mirada de la concurrencia, a un juego de escapismo a la altura del “Tú la llevas”, pero no con el frenesí de los infantes, más bien con la cadencia de quien camina sobre un sendero asfaltado de huevos. Terció en este juego doña Engracia De Dios, o mejor decir, su bolso. Asió a ambos y los alejó del gentío, asegurándose de pasar por el medio de la turba para que constase claramente a quien se debía la paz en la parroquia.

Finalmente, cara a cara, se presentaron.

—Soy Juan Iglesias, oficinista y vampiro aficionado.

—¿Aficionado?

—Sí. Lo hago por placer, por deporte, como afición... bueno, ya sabe.

—¡Ah! Bien. Yo soy Hermenegildo Dapena. Sacerdote. Y exorcista. De segunda.

—¿De segunda?

—Es largo de contar.

Ambos se quedaron mirándose. Engracia también. La doña tenía la sensación de estar viendo gemelos, apenas diferenciados por la vestimenta, aunque ellos no parecían reparar en las semejanzas.

—¿Y a qué se debe que un vampiro venga al funeral de un sacerdote?

—Estoy siguiendo el caso. Me parece interesante. Intuyo que hay algo escondido, algo misterioso, en este asunto.

—¿Usted cree?

—Sí. Hay una cierta coincidencia en las tres muertes que hemos presenciado en la ciudad en estos últimos días. Y quiero investigarlo. ¿Y usted?

—Yo simplemente vengo a rendir mi respeto a un compañero. Y, bueno, me siento algo culpable. Creo que tengo cierta responsabilidad en el fallecimiento de don Manuel.

—¡Vaya! Cuénteme, por favor.

Hermenegildo narró el exitoso exorcismo de Ramón Rodríguez, interrumpiendo esta narración con apéndices innecesarios de doña Engracia, la cual no advirtió las indirectas de ambos para que les dejase en

paz. No advirtió o simplemente hizo caso omiso, que era lo que ambos imaginaban.

—Por cierto, perdone la pregunta, pero ¿no se supone que los vampiros no pueden entrar en los templos consagrados?

—Bueno. Imagino que un vampiro, vampiro, no podrá. Pero, como le comento, yo sólo soy un mero aficionado, un vulgar aprendiz. No chupo sangre ni nada. No sé si me entiende.

—Creo que no, pero tampoco importa mucho. Que le parece si investigamos el suceso ambos juntos. Me hizo mal cuerpo la muerte de don Manuel. Y creo que tiene usted razón, algo se palpa en el ambiente.

Sonrojose doña Engracia. Tendría que revisar su propensión al exceso de alubias en su dieta.

Se sentía un fracasado.

Después de miles de años atrapado en una jaula, enterrado en lo profundo de un páramo perdido, cuando por fin pudo salir se encontraba atrapado en una especie de portal interdimensional que era incapaz de traspasarlo y acceder a la realidad.

Caído en el servicio a la causa, uno de los doscientos, era vencido. Y lo que era peor, su alma había sido arrastra al abismo eterno de la negrura infinita.

Pero ahora Bael podía regresar. Podía volver al mundo de los vivos, contactar con sus hermanos y recuperar su gloria perdida.

Sin embargo, sus pobres intentos de arrebatarse almas para poder alimentarse y regresar al mundo terrenal se habían resumido en fracaso. Tendría que cambiar de táctica. Tendría que probar a robar un cuerpo hasta el momento de poder transformarse en un ente corpóreo. Tenía que entrar en uno de esos despreciables humanos, cohabitar dentro de su carcasa hasta que pudiese echar su alma y después alimentarse para reconvertirse nuevamente en el ser todopoderoso de antaño.

Tendría que sacrificarse y lo haría. Todo por la gloria de su estirpe. Luego, llamaría a sus hermanos y regresarían para asolar el mundo y conquistarlo, adueñarse del Reino que les pertenecía y desterrar a ese triste anciano que ya apenas sí podía ejercer de dios en la mente de algunas pobres mentes débiles.

Su hora había llegado.

DOS

1

Ramiro Huertas era urbanita por convicción y necesidad. No es que odiase los vegetales, es que algunos tenían la propensión, quizás natural, a atacarlo. Tras su quinto estornudo en menos de un minuto consideró agradable la probabilidad de pedir un traslado a Groenlandia. Si allí también se le martirizaba la alergia, entonces podría considerarse definitivamente un caso perdido.

La Ronda das Fontiñas descendía serpenteando por la ladera del otero donde se había construido en tiempos la muralla. Ahora, la evolución propia de la ciudad hacía que no sólo no se viesen esos seculares muros, ni tan siquiera se intuían. A pesar de ello, descendiendo por la acera derecha a la altura del instituto de Sanxillao, la vegetación del extrarradio de Lugo era mecida por un viento que parecía muy interesado en introducir todo su polen en las fosas nasales de Ramiro.

Con la visión a menos de un cincuenta por cien a causa del lagrimeo, lo que provocó que se quedase sin pañuelos en el bolsillo, llegó por fin al final del tramo despejado y pudo ponerse al fin al abrigo de un edificio.

Pero el polen flotaba libre por el aire y seguía amenazando.

No lo pensó más. No era su plan de trabajo, pero no le importó. Toco todos los timbres en un intento vano de buscar la salvación dentro del portal.

—¿Sí?

—Digáááá!!!

—¿Quién es?

—Lurditas, ¿eres tú?

—¡Edelmira! ¡Qué casualidad! ¿Quedaste sin llaves?

—No, estoy en casa. ¿No eres tú quién me llama?

—Diga, ¿Quién es?

—Hola, Manolo. ¿Cómo andas? ¿Y tu mujer, que hace tiempo que no la veo?

—¿Lurditas? ¿Para qué me has llamado?

—No ha sido Lurdes.

—Pero ¿quién es?

—¿Y ese?

—Ese te es el nuevo, el alquilado del cuarto.

— Ver si fue él quien quedó sin llave.

—Señoras, yo no me he quedado sin llave y no he llamado a nadie, han sido ustedes que...

Considerando Ramiro que allí había un ambiente que hacía difícil encontrar un nicho de mercado para sus productos, optó por seguir avanzando hacia el final de la calle, y de paso en busca de un bar donde refrescar sus ideas y perfilar su estrategia.

Cuando por fin tuvo ante sí un café humeante, pudo relajarse. El clima de tensión que se respiraba tras las últimas y desconcertantes muertes que habían acaecido en la ciudad. Y eso era malo para el negocio. Ya de por sí, conseguir que abriesen la puerta resultaba sumamente complejo, y luego aún venía lo peor, conseguir que te escuchasen y poder convencerlos para que te comprasen. Aquellos tiempos en los que se le vendía una nevera a un esquimal ya habían pasado. Posiblemente ya no quedarían esquimales a los que vender neveras. U otras cosas. A lo mejor ya ni esquimales quedaban. Ramiro no sabía del calentamiento global, pero sí mucho del calentamiento particular, ya le habían calentado la cara y la espalda en varias ocasiones.

Repasó su presentación, recordó las características del producto, memorizó las objeciones de los potenciales clientes, pagó el café y salió con ánimo

renovado a la calle a comerse el mundo. Y el polen allí estaba, aún, esperando, esperándole.

Más de una veintena de estornudos después, tal que, a la altura del supermercado, logró encontrar un portal ya abierto y aprovechó la feliz circunstancia, a veces el destino se confabula con los osados, y entró.

Comenzó por arriba de todo, el séptimo.

Séptimo A. Vacío.

Séptimo B. Vacío.

Séptimo c. Pasos. Un leve ruido. Un murmullo. Un ojo en la mirilla. Sonrisa. Tiempo. Silencio. El ojo se va. Pasos de arrastre yéndose, huyendo.

Séptimo D. Ladridos. Más ladridos.

Sexto D. Una puerta se abre.

—¡Hola!;Muy buenos días!

Una puerta se cierra.

Sexto C.

—Hola.

—Hola. Muy buenos días. Perdone que le moleste, sólo será un segundo. ¿Conoce usted la nueva Fregamax? Fregamax friega más. Para aquellos que han hecho de la rutina una manera de vida, esta es la fregona que precisan. Friega suelos de cocina y de pasillo, friega y todo deja limpio.

—¿Y para qué quiero fregar?

—Para mantener su casa limpia.

—Mi casa está limpia. ¿Me está llamando guarro?

—No. Sólo quiero potenciar su capacidad de limpieza con nuestra Fregamax.

—Pues yo voy a potenciar tu capacidad de bajada con una certera patada. Mira, que guay, una rima gilipollas como las tuyas. ¡Largo!

Tras tal éxito no hubo más remedio que emprender el largo camino hacia la calle.

Las gramíneas estaban en todo su esplendor aguardando por la castigada nariz de Ramiro cuando en el portal se hizo la niebla. Aquello a Ramiro le hubiese parecido raro si su estado de ánimo hubiese sido medianamente más positivo, pero en las actuales circunstancias se sentía algo fuera de la realidad y de todo lo que no fuesen ideas de futuro grises, como la niebla que le rodeaba. Quizás por ello no supo percibir lo que sucedía a su alrededor. Ni dentro de sí.

En la calle las gramíneas se paralizaron, quedaron en suspensión dentro de ese aire templado de esa hora cercana al mediodía. Miraron a Ramiro con aire nuevo. Y como si tuviesen conciencia, más allá de su

ADN natural, decidieron retirarse aconsejados por la prudencia que el nuevo brío de Ramiro desprendía.

—¡Coño! ¿Cómo que una patada? Abrase visto majadero igual, voy a ponerle la puta fregona en la cabeza para teparle esos cuatro pelos de mierda que tiene en el coco al mierdas ese.

Subió a la carrera, sin sofocos, sin cansancio. Y ya en el rellano del sexto pudo parar ante la puerta y llamar sin detenerse antes a recuperar el resuello.

—Otra vez tú.

Propíñole una patada en salvas sean sus partes, que en este caso no estuvieron a salvo, al del sexto C y entregole una Fregamax.

—Diez con sesenta. Firme aquí. No llevo cambio. Si no tiene justo, lo que sobre lo consideraré una generosa propina por parte de un hombre tal amable y gentil como usted.

—De acuerdo, pero puede quitarme la rodilla de ahí.

Más que las palabras fue el enrojecimiento extremo de la cara del hombre lo que indujo a Ramiro a apiadarse.

Cinco fregonas vendidas después, ramiro salió a la calle inspirando con entusiástica energía. En una hora

había hecho el día. Llegaban grandes tiempos para la venta de Fregamax.

Tras una noche en vela dedicada al estudio pormenorizado de todos los libros de nigromancia y similares que había compilado en su vida, Juan Iglesias pudo trazar un esquema con los sucesos que deberían anunciar la catástrofe que se avecinaba. Una vez pudo poner en claro ese esquema, trató de acomodar los sucesos de los últimos días en la ciudad y concluyó que, o bien los libros estaban errados, o bien los sucesos estaban fallando. Porque lo que sí estaba claro era la certeza de sus sospechas sobre un venidero mal a la ciudad. Y estaba desconcertado

Por la mañana en la oficina...tenía sueño.

Por su parte Hermenegildo Dapena dedicó la noche a perderse en las oscuras estanterías de la biblioteca del seminario buscando libros que pudiesen alumbrar un entendimiento en su sesera que le pusiese en camino de vislumbrar la verdad. Cuando despertó, tenía dibujada en su cara la arruga de la hoja sobre la que había quedado posada su cabeza. Un sonoro bostezo llenó la biblioteca.

Su primera misa contabilizó la inusual cifra de veinte feligreses. Supuso que cuadruplicar la cifra diaria

se debía más al miedo a una posible muerte incierta flotando en la ciudad y no a un fervoroso y repentino despertar a la fe.

El sermón, llevado por el éxito de público, ya que normalmente la misa de mañana de entre semana carecía de tal sermón, versó sobre el Maligno. Creía necesario advertir a la gente, aunque el texto de la Palabra de ese día no hiciese referencia a este asunto. Algo de la gracia de Dios debió derramarse sobre los allí congregados, ya que al finalizar Hermenegildo recibió una cerrada ovación.

Habían quedado de verse en la rúa de la Cruz antes de comer para cambiar impresiones sobre los diferentes hallazgos y tratar de trazar una estrategia que les permitiese desentrañar los sucesos y llegar al Maligno, o en su defecto o ausencia, al responsable.

La gente aprovechaba el placentero clima para disfrutar de las terrazas de los bares que, a derecha e izquierda, perfilaban la calle. Aun así, cierto vientecillo fresco recorría la calle.

El local se llamaba Cinco Vigas., quedaba a media altura y frente a este antro, en la pared contraria, se abría una galería donde algunos comercios se resistían a cerrar. Por allí avanzaba a pequeños pasos que

semejaban saltitos, Hermenegildo. Ya sentado le esperaba Juan.

Intercambiaron saludos y breves frases de relleno. Por fin abordaron el asunto.

—Hasta donde he podido averiguar, no hay nada a lo que agarrarse. No encontré premoniciones de ningún tipo. Aunque tampoco es que las noticias que han trascendido den suficiente información. Tal vez deberíamos profundizar más. Si pudiésemos acceder a los informes de la policía, sabríamos qué ha producido las muertes. Es posible que saber de qué han fallecido nos ayude a saber a qué fuerza nos enfrentamos.

—Creo que podemos solucionarlo. Una de mis feligresas es la mujer del forense. Pero tendríamos que esperar a que venga el domingo a misa para hablar con ella. Lo que no sé es hasta qué punto podríamos obtener información de su marido a través de ella.

>>Hoy, durante el oficio, estuve pensando en algo que podemos hacer. Tendríamos que visitar los lugares donde se han producido las muertes—Hermenegildo sacó de un bolsillo interior una botella—, tendríamos que ir para ver qué sentimos. Además, podríamos usar esto.

—¿Agua bendita?

—Sí. De haber algo... turbio, reaccionaría al contacto con el agua. Sólo tenemos que derramar un poco en donde cayeron esos pobres desgraciados y ver cómo reacciona el líquido.

—¿Y si no hay reacción?

Ambos quedaron pensativos. Un infarto no es nada raro en la actualidad. Tres consecutivos, tampoco. Pero resultaba una coincidencia demasiado extraña.

De pronto un frío gélido invadió la calle. El sol de mediodía se apagó, cubierto por una negrura intensa. Un manto de negras nubes cubrió rápidamente el cielo de Lugo.

—¡Qué raro! Hoy no anunciaban lluvia.

Juan se puso en tensión. Notaba algo. Además del frío.

—Intuyo la presencia. La intuyo cercana. Está a punto de materializarse.

3

Algo dentro de él se removía. Y no eran sus tripas. Tampoco efectos del polen. De pronto se sentía arder. Era extraño, el clima, repentinamente, había virado bruscamente, y esa mañana primaveral que anunciaba una placentera jornada se había tornado en un oscuro y desapacible día invernal. Aún no llovía, pero el cielo se encontraba taponado por un mar de nubes grises. Sin embargo, Ramiro sentía calor.

De entre las múltiples opciones que su cabeza manejaba como plan para la tarde, la de ir a trabajar parecía la que menos probabilidades tenía de materializarse. Ya había hecho, con creces, los objetivos del día. Podía permitirse el lujo de quedarse en casa, o salir a perderse callejeando hasta entrar en algún bar a catar un zumo de cebada fermentado.

Mientras, por dentro, en dura pugna con el alma de Ramiro y con el continuo movimiento de los diferentes sistemas que componían su organismo, Bael intentaba encontrar un hueco donde poder alojarse para intentar controlar ese cuerpo, a ese ser que, si bien en un principio había parecido una muy buena elección, ahora dudaba de si había acertado.

En un hueco temporal se abrió una brecha espacial que dejó en una dimensión paralela a Bael ante el alma de Ramiro, quien, al verse flotando en el vacío, sintió vértigo y vomitó. Pero la falta de corporeidad en esa dimensión abortaba cualquier tipo de regurgitamiento, por lo que ramiro parecía un pez boqueando fuera del agua.

¿Cómo describir una lucha intradimensional entre dos esencias de diferente constitución? Sólo diremos que la lucha finalizó con un empate que dejó el cuerpo de Ramiro más o menos igual de inestable que cuando era sólo habitado por su alma, y que su cabeza tenía un intenso dolor de cabeza. Por lo que decidió que esa tarde iba ir a tomar más de un zumo de cebada fermentada. Si no se le pasaba el dolor, al menos se olvidaría de que lo tenía.

Pero una cosa son los planes que ideamos en nuestra mente y otra el cómo se desarrollan fuera de ella en el mundo real.

Lo cierto es que a Ramiro la primera cerveza le sentó rara. Por momentos estaba lúcido, como habituaba, pero en otras ocasiones, cuando las riendas de su cuerpo las tomaba Bael, cierta sensación de mareo, de vértigo incontrolado, de estar sumergido en algún

tipo de vapor inextricable, le llenaba. Y llenaba más que la propia cerveza.

De vuelta al hogar una mezcla de euforia incontrolada y hastío desesperanzado iban dándose lugar dentro de él.

—¡Coño, el pollo!

Había caminado por la calle de la Reina sin saber si estaba o no en condiciones de conducir sus propios pies hasta casa, cuando desembocó en la plaza de Santo Domingo y vio, sobre la columna en el monumento del Bimilenario nacimiento de la urbe, el águila imperial, sublime, majestuosa.

Río. No como lo haría un demente. No como lo haría un borracho. No como lo haría un demonio castigador. Más bien como un niño travieso.

Y sólo se le ocurrió soplar.

Y se marchó a dormir.

Antonio Parra fue el primero en ver el cambio. No supo cómo asimilarlo.

Hermenegildo y Juan se habían reunido a media tarde delante de la catedral. El primer punto al que decidieron dirigirse correspondía al del último cadáver, junto al cimborrio de la catedral. Eligieron ese lugar para iniciar sus pesquisas por varios motivos, el fundamental, que era el único que estaba sin acordonar. En teoría la plaza Santa María ofrecía espacio suficiente para que la gente pudiese deambular, por lo que acordonar el lugar donde cayó el cuerpo de Pedro Pérez no hubiese supuesto un mayor problema, pero resultaba que el sacro templo era uno de los principales reclamos turísticos por lo que las cabezas pensantes, a veces, pero gobernantes, siempre, de la urbe decidieron dejar libre ese lugar para que la vida cotidiana de los turistas no se viese afectada. Sí se cerró el tramo donde pereció don Manuel, con el consiguiente trastorno, ya que quedó delimitada y restringida la acera y un carril de la calzada, para la vecindad, algo que parecía preocupar menos a los mandatarios.

Lo cierto fue que el lugar del fallecimiento del agente de seguros, al estar libre de cualquier restricción, congregó a un número importante de lugareños, ávidos de noticias, pero principalmente de cualquier suceso que les sacase de la rutina.

Esta situación complicaba los planes de la pareja, ya que acercarse al lugar era tener que abrirse paso a empujones, algo difícil incluso sumando ambas constituciones, así que optaron por lo más cómodo, dejarse llevar.

Arrastrados por la masa se fueron acercando, pero estaban tan comprimidos dentro de la marabunta que a Hermenegildo le resultaba imposible acceder a su bolsillo y hacerse con la botella. Por fin, tras varios intentos en los que acabó con infortunados toqueteos a cuerpos ajenos, lo que le provocó menos repulsión que el sentirse tocado por extraños, algo que no dejaba de suceder en ese instante, logró hacerse con la botella. La intención era derramar unas gotas, pero las idas y venidas del grupo hicieron que derramase media botella. Caer el agua y surgir un humo violáceo y nauseabundo fue todo uno. Extrañamente la presión de los cuerpos se liberó.

Gritos, barrullo, empujones. Tras unos largos minutos de desconcierto el humo fue disipándose. Juan había salido peor parado en la estampida. Le habían tirado y pisoteado. Cuando por fin el humo permitió que sus miradas se encontraran, no precisaron palabras para comunicarse.

El primer cadáver había aparecido al pasar la puerta del Obispo Odoario, en la bajada que lleva hasta Porta Miñá. El paseo de la cima de la muralla estaba casi igual de atestado que la plaza de la catedral. Como se había decidido no impedir el paso a la gente, la cinta policial sólo ocupaba la mitad del camino, justo donde se había encontrado el cuerpo, por lo que a esa altura había un embotellamiento que dificultaba el paso, en gran medida porque no se había organizado un sentido de avance y en el área restringida ambas direcciones se tropezaban sin poder avanzar. Además, algunos curiosos tenían tendencia a detenerse demasiado rato contemplando el lugar de los hechos.

Hermenegildo, ya prevenido, llevaba la botella en la mano. Estuvo tentado de tirar lunas gotas, pero al recordar el caos de la plaza decidió contenerse.

Decidieron desistir por el momento.

Delante de la capilla de San Roque, sita en un lateral de los jardines de San Roque, a la altura del número treinta y cuatro de la calle San Roque, ocupando toda la acera y el carril derecho se hallaba delimitada la zona donde el infeliz párroco había dejado este mundo. Allí, por diferentes motivos, el número de curiosos era casi inexistente, lo cual aprovecharon Hermenegildo y Juan para poder experimentar con el agua bendita. Derramaron unas gotas y no hubo respuesta, salvo un resto de humedad en el suelo. Hermenegildo decidió vaciar el resto del contenido de la botella ante el pasmo de Juan.

—Tranquilo—señaló el interior de su abrigo—, tengo otra más.

El resultado fue decepcionante. El agua simplemente hizo ¡plof! La decepción se pintó en la cara de ambos.

—Se me ocurre una idea. Ven.

La casa de Ramón Rodríguez estaba a menos de un minuto, en la rúa dos Paxariños, justo detrás de los jardines de San Roque. De hecho, desde el balcón de la vivienda se veía perfectamente el jardín, no así la capilla, tapada por el inmueble en cuyos bajos estaba la delegación de la ONCE.

Un sombrero de rulos salió a la puerta portando debajo a doña Engracia y su cara avinagrada. Un gruñido fue todo lo que usó como saludo de bienvenida. Hermenegildo, quien a todas luces era quien mejor parecía caer a la doña, o menos mal según qué baremo se usase, le explicó que necesitaban entrar en el hogar y constatar si el anómalo suceso de Ramón con un ente estaba relacionado con los extraños sucesos que se estaban sucediendo en la urbe. Tras repetir varias veces esto mismo, Engracia, sin acabar de entender qué buscaba la pareja, les permitió flanquear la entrada. Hermenegildo salpicaba cada esquina en busca de indicios que no llegaban, hasta que en un descuido dobló una y se dio de bruces con Ramón, a quien se le cayó encima algo de agua. Cuando el líquido llegó a su entrepierna el pantalón se incendió. Llamas azules hicieron recordar a Ramón los dolores padecidos con su encontronazo dimensional, y al tiempo desplazaron ese altercado a la segunda posición de peores momentos de su vida.

El sanitario no quiso saber cómo se había llegado a esa situación. Ya cuando habían contactado con el servicio de urgencias tuvieron que repetir varias veces los sucesos, hasta que llegaron a la conclusión de que

era preferible ofrecer una versión edulcorada de los hechos para facilitar su comprensión y poder conseguir ayuda urgente para aliviar al castigado don Ramón.

Cuando quedó en buenas manos el infeliz esposo, la pareja decidió proseguir con sus pesquisas y abandonó el hogar procurando no ser vistos por doña Engracia por temor a ver cortada su retirada. Ya en la calle, al advertir lo tarde que se les había hecho, decidieron entrar por la puerta de San Pedro, subir inmediatamente a la muralla y con la mayor celeridad posible alcanzar la zona donde el primer cadáver había hecho su aparición.

La escena ofrecía menos curiosos que por la tarde, aun así, era un número suficiente de personas como para tener prudencia. Simulando un trago mal dado pudo verter unas gotas en la zona. Hubo pequeños chisporroteos de un azul eléctrico.

Agotados, decidieron hacer un alto para poder analizar lo descubierto en su periplo. Desandaron el camino hasta Porta Nova, donde bajaron para dirigirse al Breoghan, caminando por rúa Nova hasta la esquina con Montevideo. Una vez allí, sentados frente a sendas cervezas, analizaron los resultados.

—No acabo de saber a qué se deben las diferentes reacciones en los escenarios que hemos visto, aunque imagino que la diferencia será el tiempo que ha pasado desde la presencia.

—Sí, mi querido compañero, pero ¿no cree usted que lo sucedido con su colega, don Manuel, es extraño?

—¿Extraño?

—Sí. Donde él falleció no había registro de actividad, pero sí en cas del infeliz ese.

—De Ramón.

—Sí. ¿Puede detallarme cómo sucedió el exorcismo?

Y Hermenegildo narró, con un exceso de detalles extra, muchos inventados e improvisados sobre la marcha para enriquecer el relato y también, como no, para evitar mencionar aquellos que no dejaban en buen lugar su pericia en el tema, como se desarrolló el exorcismo.

—Parece—concretó el seudovampiro— como si el objetivo fuese realmente Ramón, y que la muerte de don Manuel fuese un simple efecto secundario, un mero daño colateral. ¿Hay algo en los libros sagrados que usted maneja que hable de este hecho?

—No. No hay nada parecido.

—Tampoco en mis libros de esoterismo y similares encuentro nada que nos sirva. Parece, querido amigo, que os encontramos ante un suceso novedoso. Debemos investigarlo y tratar de comprenderlo lo antes posible para abortar los malignos planes de quien sea que esté detrás.

Terminadas las consumiciones decidieron dar por finalizada la jornada y se emplazaron para el día siguiente. Aunque la noche no parecía ser muy plácida, decidieron callejear un poco mientras procedían a su retirada. El paseo les llevó por Montevideo, Bolaño Rivadeneira hasta plaza de Ferrol donde doblaron por San Marcos. Al pasar por delante de la fachada de la diputación les sorprendió el tumulto que se había formado al final de la calle. Instintivamente pensaron en una nueva muerte y, sin necesidad de decirse nada, ambos comenzaron una frenética carrera hacia el nuevo suceso.

Antonio Parra fue el primero en ver el cambio. Pero no fue el único. No supo cómo asimilarlo. Los demás tampoco.

En la cima de la columna que celebraba el nacimiento de la ciudad, donde el águila imperial había contemplado la urbe intramuros, ahora campeaba una

imagen que parecía, ¡no!, era un muslo de pollo. Muslo pétreo, pero muslo, a fin de cuentas.

Hermenegildo y Juan intercambiaron miradas. Los actos habían cambiado, pero el mal que los provocaba seguía intacto, amenazando Lugo.

La carrera de Rodolfo Buendía mostraba un frenesí desaconsejado a sus intereses. Acostumbrado a madrugar poco, la realidad de los hechos le conducía hacia un abismo de frenesí laboral. Cuando el culpable fuese detenido tendría que mirar de coger una baja, por estrés o por algo. De momento tocaba trasnochar.

En la plaza de Santo Domingo la gente se resistía a dejar paso a la autoridad, nadie quería ceder su privilegiado puesto contemplando el muslo.

Buendía llegó junto al inspector sudoroso y con la cara congestionada.

—Buenas noches. ¿Qué puedo hacer? ¿Disuelvo a la gente? ¿Acordono la zona?

—No, no. Tengo para usted un trabajo que está más a su altura.

El inspector Luces indicó a Rodolfo una furgoneta Iveco con la puerta y el brazo elevador rotulados con los logotipos del Concello.

—¿Van a cambiar las luces?

—No. Va usted a subirse a la cesta y le ascenderán a la cima de la columna para verificar los hechos.

—¿Verificar?

—Sí. Hemos de constatar que esa imagen es... pétrea. Y saber si el águila ha sido arrancada y sustituida o qué demonios ha pasado.

Los colores de la cara de Rodolfo desaparecieron y una lividez mortuoria invadió su cara. Rodolfo desconocía si tenía vértigo a las alturas. Lo desconocía porque nunca había tenido la desfachatez de andarse por las alturas para comprobarlo. El ser humano fue concebido para andar por la tierra, por lo que no era preciso acercarse al cielo para nada. Pero ahora tocaba alzarse por encima de la humanidad, o al menos sobre las cabezas curiosas de los lucenses, para ver si un muslo de piedra era de piedra. ¿Acaso no se veía bien claro que era gris?

Subió a la cesta. El brazo elevador comenzó su ascenso. Rodolfo se agarró con fuerza. La cesta oscilaba. La gente comenzaba a verse cada vez más pequeña. Los ojos en blanco, el estómago revuelto, falta de aire... La hasta entonces difícilmente delimitada zona de acotamiento que había marcado la policía, se vio rápidamente despejada gracias al buen hacer de Rodolfo, o mejor al mal soportar su estómago ciertas situaciones.

Pero no todo fue malo. La altura proporcionaba una brisa vivificante. Una vez regurgitada la cena y refrescada la cara con el cortante viento del norte, se sintió preparado para la labor. Se acercó el capazo lo suficiente como para poder contemplar no sólo la pétrea forma del muslo, con unas líneas que lo hacían recordar más al de los dibujos animados que a uno salido del horno, sino que también pudo comprobar que se hallaba sólidamente adosado a la columna. No había habido sustitución de estatuas, más bien parecía una transformación de forma. ¿Cómo? ¿Por qué? Esas eran dudas que a Rodolfo ni le importaban, ni las iba a resolver.

Cuando la cesta se acercaba a tierra, Rodolfo, contento por el éxito obtenido en su misión, quiso abalanzarse sobre el suelo incluso antes de que el capazo tocara el suelo, pero al ver a su superior acercarse limpiándose el rostro, o más bien, viendo el rictus de la faz del inspector Luces una vez que los residuos del estómago de Rodolfo eran desechados, pensó que tal vez contener su euforia sería un proceder más oportuno.

—¿Y bien?

—Pues es piedra. Mármol, diría yo. Y no arrancaron el águila para poner eso. Es como si hubiesen tallado el muslo partiendo del ave.

—Pero si el muslo es más grande de lo que era el águila. ¿Lo ha comprobado bien?

—Sí, señor.

—Bien. Iremos a casa a descansar y mañana, con calma, analizaremos lo que los de la científica puedan encontrar.

Ramiro Huertas se despertó presa de una bipolaridad que hasta ese instante nunca había sentido. Parte de su cabeza se sentía fresca, eufórica, con ganas de saltar a la calle y comerse el mundo. El otro hemisferio estaba embotado, turbio, con pesadez y falta de reflejos. Se dirigió hacia la cocina para prepararse un café. A mitad de pasillo vio la puerta del baño, con su tentadora bañera dentro. Pensó que una buena ducha serviría para aliviar su estado y terminar de despejarse. Bajo el agua el conflicto se agravó. Una parte de su ser quería agua fría para desperezarse, otra la prefería caliente para desentumecer el cuerpo. Esta lucha interna hizo brotar al animal que todos llevamos dentro y ramiro optó por fregotearse el cuerpo donde se notaba más sudado, sin jabón, y en dos minutos ya estaba en la escalera bajando al bar. Temía que, en la cocina, con cuchillos de por medio, esa refriega interna volviese a manifestarse. En el bar, con testigos, su mente, sus mentes o lo que fuese que llevaba dentro de la cabeza, no darían tanto la lata.

Frente a la negrura del café sopesó la negrura de su presenta. Rezó, después de muchos años apartado de

cualquier idea mística, porque sólo fuesen dos dentro de su cabeza. Odiaba las multitudes.

De pronto algo le hizo recordar que la pasada tarde hubo algún detalle que importante que había olvidado. Mirando de reojo la portada del diario local, donde una foto ilustraba la noticia, creía recordar vagamente su implicación en ese suceso. Pero no acertaba a recordar algo más concreto. En la foto el muslo pétreo lucía esplendoroso. El titular rezaba: El lema “Y para comer, Lugo” alcanza una nueva dimensión ¿Estaremos ante una nueva campaña del Concello?”

Salió a la luz del día. Se sentía radiante. Y era cierto, sobre él caía una placentera luminiscencia cadente, mientras que el reto del cielo se mostraba turbio, abovedado con nubes de un sospechoso gris invernal que presagiaba un futuro húmedo. A Ramiro le daba pereza caminar por la acera y salir de ese círculo de placidez para sumergirse en lo oscuro de la borrasca. ¿Sería un aviso de que ese día no resultaría tan fructífero como el anterior?

Avanzó cabizbajo, con paso presuroso. Quería llegar pronto a Fonte dos Ranchos. Hoy quería probar esa zona, aunque los compañeros le había dicho que ya

estaba muy visitada y que además era mala zona. No se amilanó.

Hasta que hubo llegado al lugar no advirtió que el oasis del cielo le seguía proporcionándole luz y calor, mientras que una ventisca acompañada de goterones fríos atacaba al resto de viandantes. Le extrañó, pero no tenía tiempo para pensar en las sutilezas del clima, tenía que vender.

En el quinto C le abrió su primer potencial cliente. Una anciana con delantal moteado de manchas de grasa y rulos en la cabeza.

—Muy buenos días, señora.

—Señorita.

—Esto... vale. Señorita. Perdone que la moleste...

—No se lo voy a perdonar, pero ya que lo ha hecho, siga.

—Bien, vale. Pues yo... me llamo Ramiro Huertas, ¿cómo se llama usted?

—No le importa. No creo que haya venido a hacer amigos aquí. Además, pone mi nombre en la puerta, haberlo leído. ¿Qué quiere?

—Quiero que usted deje de sufrir. Y para ello le presento a Freamax, la fregona que friega más.

—¿Y va a venir usted a fregar?

—Pues no.

—Entonces, no sé en qué me va a ayudar.

—Verá. Gracias al diseño ergonómico de su mango...

—Es de los de toda la vida, de madera, duro, largo.

—Y a sus fibras, diseñadas para optimizar cada pasada...

—Pues yo uso desde hace años Fregotera, y va de maravilla.

—Ya. Pero, como usted dice, ya son muchos años. Es hora de dar paso a la tecnología, a los nuevos tiempos.

—Es hora de poner la pota al fuego. Si me disculpa.

Mientras la señora se iba, Ramiro notó dentro de sí una nueva pugna. Bael, quien había imaginado una vuelta al mundo de los vivos algo más gloriosa, deseaba salirse de ese armazón de piel y huesos y estampar a la vieja contra el suelo para advirtiese lo mal fregada que estaba su casa, pero el atemperado espíritu de Ramiro bloqueaba esa ira.

Volvió la señorita con un plato hondo humeante.

—Pruebe.

Ramiro quedó en suspenso. ¿Qué trampa era esta? Dubitativo aguardo. De una ojeada advirtió un líquido amarillo donde flotaban cosas verdes.

—¡Venga, pruebe! Es que nunca sé si acierto en el punto de sal para la sopa. ¿Le gusta la sopa de verduras?

—Pues no es lo que más me agrade, pero tampoco le hago ascos.

—Perfecto. Pues pase y tómese un poco.

—Verá, señora, perdón, señorita, es que a las diez de la mañana...

—Con lo delgado que está usted, esto no le vendrá mal.

Ramiro sintió como todos los habitantes de su cerebro se desconectaban y tomaba el mando de su ser su estómago. Dudaba que pudiese surgir una venta, pero al menos ahorraría el gasto de la comida del día.

Cuando Rodolfo vio la portada de la prensa se sintió aliviado. La foto mostraba el muslo antes de que él tuviese que viajar hasta las alturas a realizar la verificación. El alivio dio paso al pasmo, el enfado y la derrota cuando volteo la página y en el reportaje del interior, en un tamaño lo suficientemente grande como para que se le distinguiese bien, una instantánea de él, o mejor de su vómito cayendo como lluvia sobre todos sus compañeros.

Se imaginó, mientras se dirigía al trabajo, el pitorreo con el que sería recibido. Se equivocaba. Su imaginación le ofreció una versión dulcificada de lo que realmente sucedió.

La reunión con su jefe fue de todo menos amable. Abochornado, emprendió camino hacia su nuevo emplazamiento. Mientras el caso no se resolviese seguiría asignado como apoyo a la policía nacional.

El recibimiento en su nuevo hogar fue aún más cruel. Cuando ya no pudo aguantar más el bochorno se encerró en los lavabos. No sabía qué hacer. Se sabía un inútil en todo lo que no fuese escaquearse, y esa era una

habilidad poco útil para atrapar a un criminal tan escurridizo como el que tenían que enfrentar.

Pero él no siempre había sido así. En su niñez había tenido sueños, había sido héroe en sus juegos escolares, se había imaginado un futuro. Y, ¿dónde quedaba ahora todo eso?

Con energía renovada decidió salir a conquistar el mundo. Dio una patada a la puerta para abrirla con la energía que el nuevo Rodolfo demandaba.

La nariz del inspector Luces tropezó con la puerta y su dolor fue el fin del nuevo Rodolfo.

8

Un poco congestionado, profundamente extrañado y en cierta medida muy satisfecho, Ramiro Huerta abandono a la señorita y a su tropa después de unas tres o cuatro horas de estancia en la casa.

No recordaba exactamente cómo había sucedido todo. Simplemente entró en la casa y se sentó en la mesa de la cocina. Al punto, la vecina de la señorita, que resultó llamarse Mercedes, apareció en la ventana.

—Hola, Merceditas. ¿Quién es ese? ¿Tú sobrino?

—No, Clarita, es un señor que vende fregonas.

—Merceditas ten cuidado, que últimamente hay mucho sinvergüenza. Seguro que se te metió en casa para poder estrangularte, violarte y matarte.

—No, le he invitado yo para probar la sopa.

—¿Hiciste sopa? ¿Tú famosa sopa de verduras sin verduras?

—No. Esta lleva verduras, pollo y champiñones.

—¿Pollo?

—Bueno, el agua la calenté con un ala de gallina.

—¿Y le das a él y a mí no me invitas?

—Es que no te vi. Vente y pruebas un poco.

En menos de cinco minutos la cocina estaba atestada de viejas en rulos, con batas y zapatillas, berreando con agudos que llenaban los oídos de Ramiro de estridencias que embotaban su cerebro.

Clarita, de camino a la casa de Merceditas fue encontrándose con Paquita, Edelmira y Milagros. Tuvo la suerte de encontrárselas porque fue llamando a sus respectivos timbres. La suerte es mejor no tentarla, ni esperarla, sino cogerla por el gaznate para que no escape.

La sopa, abundante, no dio abasto para la tropa. Pero por suerte Merceditas aún tenía algo de caldo de ayer en una pota.

Milagros, que se sentía mal por no poder traer nada, se abalanzó sobre la alacena de Merceditas y comenzó a sacar el contenido buscando materia prima para hacer algo.

Finalmente, la comida fue clausurada con leche frita, arroz con leche y natillas caseras.

—¿No es mucho dulce?—Dudaba Ramiro.

—Nosotras, a nuestra edad, ya podemos permitirnos unos pequeños caprichos. Total, quien se va a fijar en nosotras a nuestra edad.

—Dilo por ti, Clarita. Yo aún estoy en edad de merecer. Y aún conservo mi línea.

—Sí, Merceditas, desde hace veinte años que perdiste la cintura en alguna esquina.

—A saber, qué más perdería.

Ramiro se cubrió la cabeza intuyendo que esas frases traerían una lucha sin cuartel entre todas ellas, pero por el contrario todas estallaron en carcajadas.

Para bajar el pisolabis, la señorita sacó una botella de un anís que tenía guardado para una ocasión especial y que poseía una etiqueta sospechosamente nueva.

Ramiro, quien no sabía muy bien cómo se había metido en esa ratonera, se compadeció pensando que la fructífera mañana del día anterior compensaba la pérdida de esta. Y que la comida al menos restaba dolo a su desgracia. Pero con el café y los anises, Mercedes retomó el tema de la fregona.

—Pues aquí el muchacho está vendiendo fregonas. Que yo no necesito ninguna, pero no le vamos a hacer ese feo de no comprar una, al menos.

—Fregonas ¿eh?—Edelmira miraba de reojo y tenía un rictus agresivo en los labios—. Aún recuerdo la última que compré. ¡Cómo me timaron!

—Pero, ¿qué te pasó?

Edelmira miró intensamente a Ramiro, como buscando venganza de afrentas pasadas, y narró:

—Hace cinco años compré una Fregaplín. Ya sabéis, “Fregaplín no tiene fin”. Pues bien, se acabó la condenada.

—Vaya por Dios.

—Pero Edelmira, se te estropeó el otro día.

—¿Y eso qué importa, Mercedes? El anuncio aseguraba más de mil fregados. Y sólo me duró ochocientos veintitrés. Que los estuve contando. Cuando fui a la tienda me dijeron no sé qué de una garantía y otras memeces.

—Vaya—Ramiro se sentía acorralado—. Lo siento. No sé qué decir.

—Mejor no diga nada.

—Bueno, en nombre de todos los fabricantes de fregonas y de todos los vendedores quiero expresarle mi profundo... bueno, que lo siento mucho.

—Vale. Pues sí realmente lo siente, perfecto. Deme tres.

—¿Tres? Claro. Tendré que llevarle también a mis hijas. Ellas también tienen derecho a fregar sus suelos.

En un abrir y cerrar de ojos, y de bolsa, Ramiro hubo vendido doce Fregamax. Con su mango ergonómico.

—¿Y esto?

Milagros en nombre de toda la tropa miraba el mango plegado. Ramiro lo sacó de la bolsa y se lo desplegó, para que pudiesen comprobar la facilidad de manejo, montaje y desmontaje del mismo.

Antes de salir Mercedes insistió en echarle un emplaste en el ojo, para que por lo menos no se le notase el moratón del golpe que el mango le había propinado a traición.

Ya en la calle, un poco congestionado, profundamente extrañado y en cierta medida muy satisfecho, Ramiro Huerta abandono a la señorita y a su tropa después de unas tres o cuatro horas de estancia en la casa.

Los habitantes de su cerebro no sabían cómo reaccionar. El habitante habitual, su espíritu, estaba admirado de su repentino éxito. El nuevo inquilino, desacostumbrado al trato con la tercera edad, estaba aturdido, su estómago tenía una sensación rara de plenitud, lo notaba aún más lleno que su cerebro. Pero tenía una vivificante sonrisa de oreja a oreja. No se le

ocurrió nada mejor al salir a la calle que, exultante, cerrar los puños, elevar los brazos y gritar: “¡iii;SSSÍÍÍÍÍÍ!!!!”

Acto seguido la fuente central de la explanada que era Fonte dos Ranchos expulsó toda su agua con intensa fuerza, cual un géiser. Una columna de agua que al llegar al cenit se precipitó en un aguacero que dejó empapada toda la zona. Al tiempo también en todos los coches de la zona reventaron los cristales, creando un caos de cristales alfombrando el suelo de la calle.

Lupita se llamaba Guadalupe. Lo de Lupita se lo habían puesto sus compañeros de trabajo porque les parecía más ocurrente que apodarla Cotillita. Lupe, que era realmente como deseaba ser llamada, había sido campeona de España de judo, algo que no amedrentaba a sus compañeros, sí lo hacía el metro ochenta de estatura. No es que fuese sagaz, que sí lo era más que el resto de sus compañeros, pero no tanto como para poder promocionarse fuera de la ciudad. Era chismosa, pero no de la que va buscando el conocer todo por simple interés morboso, sino por ansias de conocer y usar ese conocimiento para llegar a la portada del periódico. El estigma de cotilla se lo había ganado a pulso cuando destapó el romance extraconyugal del director de cierto banco con una damisela que, mira por dónde, resultó ser la mujer de uno de los accionistas del diario. Tras ese desliz se barajaron muchos apodos, y finalmente, por prudencia, decidieron que Lupita era el que menos riesgos les haría correr.

Desde aquel afortunado día hubo un cambio en los desempeños de Lupita, pasó a dedicarse a redactar necrológicas, obituarios y anuncios breves.

Pero a veces la suerte se ríe de nosotros, o directamente no disimula y se descojona viva. Cuando Fonte dos Ranchos literalmente saltó por los aires. En ese momento la única persona en la redacción con valor suficiente para enfrentarse a lo desconocido, y ganas de salir de entre esas cuatro paredes, era Lupe, quien sin pensarlo se abalanzó sobre la puerta y la flanqueó para sumergirse en la realidad.

Decidió ir a pie, pues caminaba rápido y, además, imaginaba que en lugar tendría que soportar un cierto colapso. Realmente el caos era mayor del que imaginaba. Como no tenía cámara fotográfica, había decidido prescindir de ella desde hacía años, tiró de móvil para inmortalizar los embotellamientos que los sucesos habían provocado en las calles que confluían en el lugar de los hechos. Aprovechó que con su cambio de destino no había supuesto una suspensión en su acceso a la plataforma de edición del periódico, y comenzó a subir las fotos, enriquecidas con sus comentarios, a la versión digital del diario sin cortapisas y sin la censura previa del redactor jefe. Tal vez podría complicar su situación en el diario, pero una noticia así podría ser un pasaporte a otros medios más importantes. Puede que no en plantilla, pero si como freelance.

Cuando por fin llegó al corazón de la noticia se llevó las manos a la cabeza. Ella, nacida y criada en Lugo ciudad, estaba siendo testigo de sucesos que, como poco, anunciaban el fin del mundo. Trató de que su parte racional la sacase de esos arrebatados pensamientos. Y, como buscando un asidero a la realidad, detuvo a un viandante para hacerle una entrevista in situ.

Insistió. Mucho. Y finalmente arrancó una declaración al viandante.

—¿Y cómo fue qué pasó?

—Yo no sé nada, de verdad. No sé qué pasó.

—Perdone, sólo unas declaraciones para la prensa. ¿Estaba usted cuando comenzó todo?

—Acababa de salir de un portal y... simplemente pasó.

—Muchas gracias. Su nombre para la posteridad.

—No, gracias, no me apetece.

Ramiro huyó con la cabeza gacha mientras Lupita abordaba a otro viandante.

A Rodolfo el suceso le pilló, como venía sucediendo desde que encontrara el cadáver, una vez más metido de lleno en la acción, mal a su pesar. Tras el desgraciado encontronazo con el inspector fue echado con cajas destempladas de la comisaría y optó por bajarse a Fonte dos Rancho caminando lento calle Chantada abajo. Justo cuando estaba embocando la plaza cayó sobre él como maná celestial, toda el agua del geiser en que se había convertido el lugar. Anonadado y desorientado, sacó la pistola y encañonó el mal. Cuando advirtió que el mal en sí no parecía tener forma corpórea, o al menos esa forma le era desconocida, y que nunca usaba arma, de hecho, no tenía, y se vio encañonando a la masa con el dedo índice, se quedó paralizado con cara de parvo.

Cerca de él un tipo de aspecto desaliñado y con cuyo rostro tenía el aspecto de quien encuentra sus neuronas ubicadas a mucha distancia de su propio cuerpo, al ver a Rodolfo apuntando se le ocurrió la gran idea de berrear ¡¡¡¡¡¡OUH YEAH!!!!!!! Tras lo cual la multitud le acompañó con un sonoro ¡¡¡¡¡¡!!! Y todos a

una se pusieron a bailar, aunque no lo consiguieron, pero sí lograron moverse espasmódicamente.

Rodolfo cogió el radiotransmisor y contactó con la comisaría donde, gracias a su infortunado tropiezo, tardaron en responderle. Cuando por fin lo hicieron y advirtieron la envergadura de los hechos, le solicitaron ubicación y que quedase a la espera.

Cumplidor como el que más, resistió en la esquina, aguardando refuerzos, cuando Lupe hizo acto de presencia.

—Tengo ante mí a uno de esos esforzados guardianes de la ley que están tratando de solucionar este problema. Vamos a preguntarle para conocer de primera mano los hechos. Señor agente, ¿podría decirnos cuál es la causa de este extraño suceso?

—Lamentablemente, señorita, no tengo...

La marabunta bailonga acababa de desequilibrarse y un grupo de ciudadanos, afectados por la extrañeza del caso o por otros extraños elementos, se abalanzó sobre la joven reportera. En un acto reflejo impropio de él, Rodolfo usó como escudo su cuerpo y logró salvar a la periodista de un trágico aplastamiento. Aplastamiento que repercutió en sus carnes.

Para aumentar el caos, en inspector y su cuadrilla llegaron a poner orden, sembrando el pánico entre la gente, lo que provocó que saliesen en estampida en dirección contraria. El magullado Rodolfo apenas podía ponerse en pie.

Cuando por fin los agentes del orden pudieron tener algo parecido al control de los hechos, dejó de manar agua, la plaza se despejó y la gente parecía recuperar la cordura, alguien tocó el hombro del inspector. En la pantalla del móvil la primera página del diario local ofrecía una foto de Rodolfo conteniendo a las masas con la palabra héroe escrita sobre la imagen. Cogió el móvil, leyó el texto, miró hacia atrás, donde Lupe, más rápida con los dedos sobre el teclado que con los pies en la acera, daba las gracias a su salvador. En el artículo se alababa el buen hacer de la policía ante los extraños sucesos que asolaban Lugo, y el meritorio trabajo de ese agente anónimo, que arriesgaba su vida por mantener sana y salva a la población.

Rojo de ira, pero consciente de la realidad de los hechos, el inspector se acercó a Rodolfo. Le hizo acercarse. Preguntó entre dientes qué tal estaba, a lo que éste respondió que bueno, que bien, que había estado mejor en otras ocasiones, pero que no era nada.

Y seguidamente el inspector, que unos minutos antes lo acababa de echar del caso, reclutó nuevamente al municipal.

Rodolfo no supo si sentirse honrado o estafado por esta nueva oportunidad que la vida le estaba dando.

Cuando Hermenegildo salía de la iglesia de San Antonio de Padua tardó en ser consciente de cuál era la realidad que lo rodeaba. Iba rezando mentalmente la primera de las tres Avemarías que se había impuesto como penitencia. Había tenido la desfachatez de alegrarse de tener delante a un muerto por muerte natural. Ante tamaño pecado no tenía más solución que autoflagelarse. Era Hermenegildo mucho de flagelarse imponiéndose rezos solamente, ya que era una expiación que podría cumplir. Incluso a veces lo agradecía.

Intentaba bajar la calle Tui abstraído en sus rezos cuando fue impelido en sentido ascendente, o sea al revés de sus intenciones. Asombrado, trató de sobreponerse. Perdió el hilo del rezo, y decidió dejarlo postergado. Sacó el móvil y llamó a Juan.

Juan, en su faceta de oficinista profesional, estaba ante el ordenador cuadrando balances cuando recibió la noticia. Las trompicadas explicaciones del sacerdote no acababan de clarificar los hechos. Un tumulto en la oficina captó su atención y pidió a su interlocutor que aguardase un momento. Se acercó hasta la mesa de

Pablo, quien normalmente aprovechaba su estancia en el trabajo para navegar por las páginas que la prudencia le recomendaba no surcar cuando estaba en el hogar. Era raro que el bueno de Pablo congregase multitudes. Elevó la cabeza sobre los hombros de sus compañeros buscando la explicación cuando la foto de Rodolfo apareció ante sus ojos. Corriendo, regresó a su mesa y tecleó la web del diario.

Al otro lado de las ondas Hermenegildo aguardaba. Juan fue narrándole lo que aparecía en pantalla. La foto del héroe, la turba enfervorecida, el miedo ante lo desconocido. El agua que abandonaba precipitadamente la fuente.

Pegado a la pared, el sacerdote pudo acercarse hasta el lugar de los hechos. Vio el caos. Tendió la mano y una gota del geiser cayó sobre su palma. Fuera porque salía de officiar el sepelio, sea porque aún tenía el agua consagrada de la pila, pues acostumbraba a persignarse al entrar y salir del templo siempre tras tocar el agua bendita, sea por cualquier otra causa, su mano ardió. El agua que caía se evaporaba al contacto con la mano. No precisaba más prueba para saber que estaba sobre la pista.

Quedaron en verse en el Breoghan, quedaba a medio camino de donde ambos se hallaban y le había resultado a Hermenegildo un sitio acogedor.

Subió por Doutor Xermán Alonso en la cima cruzar la Ronda da Muralla y embocar Montevideo. En menos de diez minutos estaba sentado aguardando a su par.

A Juan le resultó algo más complejo. Avisó que salía a tomar café y todas las caras se volvieron hacia él con expresiones interrogativas en los ceños. Juan nunca en sus diez años en la empresa había salido nunca a tomar café. Ni tan siquiera se movía de detrás de su mesa para ir al lavabo. Tartamudeó algo parecido a una excusa o una explicación, pero sintiéndose fracasado en su labor comunicativa, decidió marchar sin más. Por el trayecto fue tropezándose con el mobiliario.

Tomó Camiño Real con paso presuroso. La estrecha acera se le hacía más pequeña al tratar de sortear viandantes que se desplazaban en uno y otro sentido. El caos provocado por la erupción acuosa provocaba retenciones, por lo que al llegar a la Ronda pudo cruzar aun estando en rojo el semáforo. Franqueo Porta Nova y raudo embocó Rúa Nova para llegar al Breoghan justo cuando estaban sirviendo café a

Hermenegildo. Entró bruscamente y comandó un café con tal premura que la buena de la camarera terminó por derramar el de Hermenegildo sobre la mesa. Un surtido de servilletas paliaba el destrozo mientras la buena muchacha traía una bayeta con la que restaurar el orden.

El Breoghan posee dos puertas de entrada, una en Montevideo y otra en Rúa Nova, a tal distancia de la esquina del edificio que por dentro un tonel inmenso sirve para habilitar en esa esquina una mesa que, gracias al flujo continuo de entrada y salida de clientes, facilita, a pesar de su ubicación, cierta privacidad. Allí estaba el par intercambiando impresiones y diseñando una estrategia.

—¿Entonces?

—Nada. O tus dotes de exorcista te permiten contactar con el Más Allá y un espíritu nos cuenta qué está pasando, o no tenemos por donde avanzar. Ha cambiado totalmente la manera de proceder. De matar a gente ha pasado a sembrar el caos. Pero no sé qué objetivo persigue.

—Tal vez si pudiésemos averiguar a qué nos estamos enfrentando, podríamos lograr en algún momento anticipar sus pasos.

—Lo malo es que su proceder parece caótico.

—Cierto. Eso es lo más desconcertante. Pero algo habrá que nos ayude a encontrar el camino.

—Una duda: ¿no habrá en la catedral algún documento que nos pueda servir?

Hermenegildo miró reflexivamente al vacío. No recordaba ningún texto al respecto, pero tampoco conocía todo lo que se conservaba en la catedral, o en otros templos. Y, llegado el caso, aún quedaba la opción de recurrir al archivo provincial.

—Es una buena idea. De hecho, es la única opción que ahora mismo podemos manejar. Correcto. Sé con quién tenemos que hablar. Vamos.

A Rodolfo la noticia le cogió tan por sorpresa que no acertaba a encajarla. Se sentía extraño, como en el cuerpo de otra persona. Que era bien cierto que dentro de él podían caber tres o cuatro individuos, pero esa suya de ahora era otra sensación. Y como movido por resortes que procedían de un mundo paralelo donde Rodolfo era un negativo del actual, su mente comenzó a procesar información como si de un policía de verdad se tratase. Al principio el mismo se sintió anonadado. Pero decidió que ya era hora de hacer salir al nuevo Rodolfo que habitaba dentro de él.

—¡Inspector!

—Dios mío— Argimiro Luces agachó la cabeza y trató de huir hacia cualquier lugar lejano, las antípodas, por ejemplo, ¿qué desgracia le traería ahora?— Dígame, agente, ¿qué sucede?

—Estuve pensando...

—¡Ay, Dios!

—Es posible que me equivoque, pero creo que podemos encontrar a la persona que buscamos.

—¡Vaya! Genial. Si lo hace le recomendaré para que lo incorporen en nuestra unidad— Rodolfo se

ruborizó con unos colores que parecían más surgidos de una peligrosa ingesta de vino—. Dígame.

—He pensado que la persona que hizo esto tiene que ser la misma que lo del muslo, perdón, del águila. Y posiblemente para poder hacerlo, es sólo una posibilidad, le digo. Posiblemente tuviese que estar presente. En ambas calles hay cámaras de vigilancia que graban todo el día. Sólo tenemos que visionarlas en las horas que supuestamente se produjeron los hechos. Quien esté en ambas seguramente sea el responsable.

Argimiro Luces clavó su mirada sobre Rodolfo. Demudado, se le acercó lentamente. Hasta tal punto la escena era anómala que los agentes que les rodeaban quedaron a la expectativa, casi sin respirar. Rodolfo no sabía que sentir, miedo o pánico, estaba tieso de pavor. Argimiro Luces, al estar a la altura de su inferior, le abrazó con una efusividad inusitada.

—Bravísimo, muchacho. Vamos, zoquetes, ya le habéis oído. A por esas imágenes.

El ego de Rodolfo, poco habituado a tales situaciones, se desmoronó arrastrando a Rodolfo a una euforia mal contenida.

¡Por fin un hilo por dónde tirar!

Argimiro por fin veía una luz en su camino de resolver el caso.

Y si encontraban a esa persona y salía también, aunque sólo fuera de casualidad, cerca de los cadáveres, ya tenía a quien endilgarle las muertes para cerrar el caso.

—Muchachos, necesitamos también todas las que haya en los lugares de las muertes. Venga, vamos. Con un poco de suerte hoy cerramos esto.

Aunque era el primer encontronazo con los mistericos sucesos de la ciudad, Lupe, como buena reportera, o como buena cotilla, pero, en definitiva, gracias a su deformación profesional que ella consideraba celo exacerbado, había seguido lo sucesos que estaban marcando la realidad informativa de la urbe. Ella había pensado en las cámaras, pero sabía que no podría tener acceso a ellas. Pero había otras fuentes.

El total de videos y fotos de Facebook, Twitter, Instagram, más todo el material recibido en la redacción, al menos todo el material al que ella podía acceder, sumaban varios cientos, casi cerca de un millar de registros. Tratar de encontrar en poco tiempo en todo ese material alguna coincidencia destacable resultaba un trabajo complejo.

Necesitaba comenzar por establecer un punto de referencia. Así pues, decidió que el punto de referencia debería ser la transformación del águila en muslo, por ser cuando el modo de operar del culpable cambió su estrategia.

Tras una hojeada superficial en la que no logró encontrar nada relevante, se centró en otra pasada más

pormenorizada. Una y otra vez trataba de buscar algo que fuese posible usar como referencia para avanzar.

Finalmente decidió darse por vencida. No había nada relevante.

Podría decirse que el olfato de sabueso de Rodolfo estaba un poco congestionado. Sería una visión muy amable sobre sus cualidades detectivescas, pero ciertamente tras sus últimos padecimientos se merecía cierta complacencia. Lo cierto era que algo en él había despertado, de modo que decidió lanzarse a lo desconocido y dedicarse a la investigación de lleno. Le habían dejado de lado. La idea de las cámaras era suya y se encontraba de pie en la calle, inactivo, a la espera de lo que otros descubriesen. No era un problema de ego. O sí. Pero ciertamente sentía que podía hacer algo, contribuir a que la investigación avanzase. Así que decidió comenzar sus pesquisas por lo único que ciertamente sabía, que había un fulano muy sospechoso haciendo preguntas.

La mejor manera de lograr encontrar a una persona es en su casa. Llamó a catastro, posiblemente aún estaría Indalecio. No es que le cayese muy bien su primo, realmente le caía horrible, pero le debía unos cuantos favores. Bueno, le debía favores, muchos, y nunca se los devolvía. Quizás ahora podría sacar algo en claro.

—¡DigáááÁÁ!!!!

La voz de Indalecio siempre sonaba nasal.

—Hola, soy tu primo.

—¿Cuál primo?

—El único que tienes, pasmao.

—Vale. Ahora no puedo atenderte.

No se iba a amilanar ahora. El nuevo Rodolfo era un triunfador.

—Ok. Entonces, digo que te lo lleven.

—¿Qué me lleven el qué?

—Tu coche. Es lo único que tienes que realmente es tuyo.

—Oye, oye, oye... el panda ni tocarlo, que es una pieza de museo. Es un clásico ya.

—Nada, nada. Tú mismo.

Colgó. No sabía si el farol le funcionaría, aunque a su coche era a lo que más quería en el mundo, su índice de tacañería superaba con creces el poder de cualquier sentimiento.

Ni un minuto y ya estaba llamando.

—Fofu, venga, no seas así. Hazlo por la familia.

—Pero si siempre te salvo el culo y tú nunca me ayudas a mí.

—¿Y cómo te puedo ayudar si soy un triste funcionario?

—Bueno, ahora podrías devolverme alguno de esos favores.

—¿Qué necesitas?

—Una dirección. Un tal Juan Iglesias.

—¿Nada más?

—No. Sólo eso.

—Digo que si no tienes más datos.

—Bueno. Es delgado, alto flaco...

—No, hombre. Segundo apellido, número de carnet, algo así.

—Pues no, sólo tengo eso.

—Pues es poca cosa. Tal vez haya unos veinte tipos con ese nombre en la ciudad.

—¿Tantos?

—Y eso si es de Lugo. Si vive fuera, ya no hay manera.

—Bueno. Mándame la lista de los que encuentres. ¿Qué me puedes dar?

—Dirección, teléfono y poco más. Oye, ¿sabes que esto que hago es ilegal?

—¿Cómo de ilegal? ¿Cómo hacer desaparecer más de cincuenta multas?

—Vale. Dame quince minutos.

Genial. No había garantía ninguna de poder localizarlo, pero era un cable del que tirar. El nuevo Rodolfo se ponía en camino.

El trayecto desde el Breoghan hasta la catedral fue exactamente el mismo que había hecho Pedro Pérez. Eso, ciertamente, el par no lo sabía, pero ambos sintieron cierto malestar durante todo el trayecto. Una sensación opresora en el pecho y en la sien.

Cristo dentro de la almendra mística les contemplaba cuando entraban por la puerta norte. Recorrieron las tripas del templo hasta llegar a la capilla de la Virgen de los Ojos Grandes. La Virgen, desde su capilla, contemplaba a los recién llegados con su inmensa mirada. La Virgen, cuyos milagros ya fueron cantados por Alfonso X en su Cantiga setenta y siete, a la que se le consideraba tener una de las advocaciones más antiguas de la península, parecía cansada, como si estuviese hastiada de realizar milagros para gente descreída en busca de soluciones rápidas y con mínimo interés por el esfuerzo personal.

Saludaron al archivero. Hermenegildo hizo las presentaciones y acto seguido fueron a la sacristía, no tanto por comodidad, como para estar a salvo de oídos indiscretos.

Una vez sentados, Hermenegildo detalló los sucesos, con breves y certeras puntualizaciones de Juan. Una vez concluido el relato, el archivero quedó pensativo. Como para activar sus neuronas, comenzó a moverse. Primero sacó de una alacena una botella de vino. De un armarito sacó sendas copas, que distribuyó ante ellos y las llenó. Dejó la botella sobre la mesa, cogió su copa y dio un trago.

Por fin comenzó a hablar.

—Supongo que sabéis algo de la historia de la ciudad. Al menos lo básico— les miró, pero sin darles opción a hablar— La historia realmente comienza antes de que llegasen los romanos, pero vamos con estos.

>>Fue Cayo Antistio quien en el año 25 se quedaría con este otero y lo tomaría como parte del Imperio en nombre de Octavio Augusto. Aquí se construiría el campamento militar que después acabaría siendo el germen de la ciudad. La historia que nos importa puede que venga de antes.

>>La población autóctona, siguiendo la buena tradición celta, transmitía sus conocimientos de manera oral, por lo que poco se sabe de cómo vivían. Así que desconocemos si este lugar tenía algún tipo de

simbolismo. Lo que he podido descubrir en mis investigaciones es muy curioso.

>>No encontraréis esto en ningún documento, yo los he estado buscando y no encontré nada.

>>En tiempo de los romanos había un lugar llamado el Bosque Sagrado de Augusto. Es lo que ha quedado de este lugar, el nombre. Se presume su emplazamiento, pero sin poder aseverar que sea el lugar exacto. El porqué de ese nombre y de su creación se desconocen también. Lo que me han contado, y cuya verosimilitud estoy tratando de averiguar, es que este monte estaba considerado sagrado, o maldito, por los lugareños. Parece ser que era el dios celta Esus quien estaba enterrado aquí. Por lo que cuentan, es el dios de la sangre y de los bosques. Y puede que haya algo de cierto. Parece ser que los druidas tenían que hacerle sacrificios para aplacarlo, y al llegar los romanos y asentarse aquí, los sacrificios se interrumpieron y hubo guerra y mucha muerte. Sobre todo, de los celtas.

—A lo mejor— comentó Juan— algo tenía que ver la diferencia bélica de los conquistadores.

—A lo mejor, pero, evidentemente, en esa época no era así como se valoraban las cosas. Los análisis eran más simplistas, si ganas los dioses te favorecen, si

pierdes, los dioses ten han dado la espalda. Incluso la gran potencia, Roma, tenía unas élites que muchas veces dependían en su vida cotidiana de sus consultas a los oráculos. Los Idus de Marzo, por ejemplo.

—Entonces—Hermenegildo parecía estar sopesando alguna idea—, ¿se supone que estos actos se los debemos a la ira de un dios pagano?

—Bueno, pues para ser un dios, ¡que pocos reflejos! Demorarse dos milenios.

El archivero rio la broma de Juan. Tras otro trago la seriedad regresó a su cara. Pero esta vez con un aire de profunda pesadumbre.

—Estamos hablando de leyendas, costumbres ancestrales, alguna de las cuales ha quedado sepultada por el tiempo. Es un poco lo que alguna vez oí, que uno perdura después de haber fallecido mientras todos aquellos que te conocieron siguen vivos. Y que con la muerte de la última persona que te conoce también desapareces. Imagino que para las tradiciones y esas cosas también es así. Por eso, a medida que los lugareños se iban romanizando, su saber se fue perdiendo dando paso a nuevos ritos, nuevas leyendas, nuevos conocimientos.

>>pero aun así hay aspectos que me hacen regresar a un todo universal y primigenio. Y lo que me habéis contado me regresa a alguna de las historias que fui descubriendo.

>>Supongo que ambos, bueno, tú, Hermenegildo, claro que lo sabes, la historia de Lucifer, el ángel caído. Lo que mucha gente no parece conocer es que este ángel no estaba sólo. Se dice que eran unos doscientos ángeles los que se sublevaron. Intentaron vivir en la Tierra como caudillos, crear una raza aparte. La mayoría de ellos se amancebaron con humanas y los seres que surgieron domeñaron las bestias todas y esclavizaron a la humanidad. Bueno, eso a grandes rasgos. Si algún día queréis, podéis consultar a los apócrifos y otros textos similares. Toda la literatura herética está plagada de referencias. Pues finalmente, volviendo al tema, Dios sometió a estas criaturas y castigó a los caídos. Los enterró vivos en las entrañas de la Tierra, encerrados y solos para toda la eternidad como castigo por todos sus males.

>>A grandes rasgos, ya os digo.

Hermenegildo y Juan se intercambiaron miradas de extrañeza. Ambos sentían la necesidad de hablar,

pero ninguno parecía encontrar las palabras adecuadas para hacerlo.

—Creo que ya sabéis a que me refiero. Es posible que lo que había debajo del Bosque Sagrado de Augusto fuera un ángel caído. Aquel que los celtas llamaban Esus, quien podría estar enterrado en este monte y a quien se le hacían sacrificios para que no pudiese salir y desatar su furia.

Cerró el discurso con un trago largo.

Argimiro Luces no acababa de verlo claro. Las imágenes de la muralla mostraban a la primera víctima caminando distendidamente en un tramo, después se perdía y yo no aparecía más. La imagen de su caminata era de las ocho y cuarenta y siete. Las imágenes de la calle San Roque no mostraban el tramo de la capilla, por lo que del fallecimiento del sacerdote no se podía extraer nada. La muerte de la tercera víctima resultaba también desesperante. Había puesto allí todas sus ilusiones, pero no encontró nada. El edificio del banco tenía la fachada principal, que era la más custodiada, en la otra fachada, con lo que la que quedaba frente a la catedral tenía cámaras que sólo enfocaban a las puertas, así que no había registro del suceso. La del edificio de la diócesis tampoco estaba orientada hacia la plazoleta del cimborrio, sólo a la puerta. Era desesperante.

Al llegar a las de la plaza de Santo Domingo se encontraba totalmente desanimado, con los ojos llorosos de tantas horas mirando la pantalla, escrutando en el blanco y negro de siluetas mal definidas un algo que le permitiese poder hallar al responsable de todos los desmanes que acontecían en la ciudad. Pero allí

estaba. Un personaje vacilante, como un polichinela de traje barato y desastrado. Por un momento le pareció estar viendo una película muda, de esas de hacía un siglo que veía su padre. Un Harold Lloyd sin sombrero, pero igual de incompetente en el simple hecho de caminar por la calle. De pronto un parón y...ya. ¡Ahí, otra vez! Despacio. Ahora. Alto.

—¿Lo veis? ¡Ahí! ¡Ahora!

Los agentes lo vieron. El tipo se balanceaba de manera extraña, era una mezcla de danza y titubeos al andar. De pronto se paraba, gritaba algo mirando al águila y ¡ploff! Aparecía el muslo.

Se intercambiaron miradas. Ya tenían algo. Revisaron todas las cintas, las de los comercios, sólo una tienda de ropa de una marca internacional ofreció algo de perspectiva, pero no suficiente. La de la tienda de telefonía, la del banco, las de la diputación.

Pudieron seguir su rastro desde la transformación del águila hasta perderse por la avenida de Coruña, donde dobló por Concepción Arenal. Las cámaras de fuera de la muralla no las habían pedido, no las de esa zona, pues allí aún no había pasado nada. Tendrían que localizarlas para poder saber dónde vivía el sujeto.

—El problema, inspector, es que tenemos la grabación, pero no sé en qué medida podemos demostrar que lo haya hecho él.

—Lo ha hecho, tú lo has visto.

—Sí, pero con un buen abogado...

—Ya empezamos.

—Además, esto no demuestra que haya matado a nadie.

—Pero es cuanto tenemos. Si no queda otra, le endilgamos las muertes.

—Habrá que consultar al fiscal.

—Bueno, eso ya lo iremos viendo. Ahora seguid revisando las cintas. Tenemos que hallar una imagen mejor de ese sujeto. Y verlo en Fonte dos Ranchos. Si aparece allí también, entonces es nuestro.

—Lo tenemos, señor.

Todos se giraron hacia donde había sonado la voz. Era Martínez, que estaba mirando fijamente la pantalla de su portátil. Al ver que captaba la atención de sus compañeros prefirió guardar silencio y girar el ordenador para que todos pudiesen verlo. En la pantalla, congelada, la imagen de Ramiro, desencajada. Retrocedió la escena y todos pudieron escuchar las declaraciones.

—Ahí está. Ese cabrón ahí está.

Como si todos hubiesen pillado el chiste comenzó una algarabía general. Lo tenían. Ahora sólo había que conseguir su nombre, su dirección y lograr detenerlo.

Luces buscó su móvil y llamó a la redacción. Tardó un buen rato en conseguir hacerse entender y conseguir el número que le interesaba. Por fin, lo anotó y acto seguido marcó. El tiempo jugaba en su contra, quería cerrar el caso ya.

—¿Hablo con la señorita Lupita?

Al otro lado de la línea colgaron. Argimiro volvió a marcar, pero no consiguió que al otro lado le respondiesen. Maldijo en alto, dio una patada a la mesa, se hizo daño y su enfado aumentó. Finalmente decidió que lo mejor era ir directamente a la redacción y coger a esa tipa por donde fuese y hacerla cantar. Estaba harto de tropezarse con la confidencialidad de la prensa, sólo estorbaban cada vez que quería resolver un caso.

Tardó cinco minutos en llegar y media hora en aparcar. Cuando por fin lo logró, salió corriendo hasta la sede del diario. Lupe ya no estaba allí. Había salido de la redacción a cubrir los sucesos de Fonte dos Ranchos y ya no había regresado. No logró obtener la dirección de la periodista. Aunque Lupe no era precisamente la más

popular en la plantilla, cierta camaradería y sobre todo muchas ganas de fastidiar a la poli, influyeron en la negativa a dar detalles, como la dirección o el nombre completo.

Argimiro, ya en la calle, llamó para pedir una orden y poder localizar a la interfecta, pero en el juzgado no atendieron a su premura. Tenía ganas de romper algo.

Ahora que estaba en el buen camino se quedaba tirado en la cuneta.

A Ramiro Huertas le comenzaba a resultar tan habitual su pesadez que ya parecía haberse adaptado. Se sentía pesado, algo que no entendía, ya que llevaba dos días casi sin comer. Por momentos se sentía raro, como si no fuera el mismo. Recordaba vagamente sucesos que no lograba entender y que indudablemente pertenecían a su vida, o mejor decir que era él el causante.

Atemorizado por lo que pudiese hacer decidió irse a casa. Allí quizás todos los peligros que podría correr serían quemar la tostadora o romper algún vaso, desgracias a las que ya estaba acostumbrado.

El piso estaba a oscuras. Como primera medida, ya que su vida sí dependía de ello, fue ingresar en la intranet de la empresa y validar todas las ventas del día. Una vez finalizado el proceso, verificó que había registrado correctamente todas las contrataciones y se descubrió con el círculo color amarillo pollo de dibujos animados con el que destacaban al mejor vendedor de la empresa en la semana en curso. Ramiro era por vez primera primero en algo. En algo positivo. Se sentía eufórico, era como si fuese capaz de lograr cualquier cosa que se propusiese. Incluso de limpiar la vitro. O de dejar el baño completamente desinfectado.

Trasteó por diferentes páginas de internet buscando algo que aliviase su aburrimiento y la pesadez que sentía cuando un olor extraño llegó hasta su nariz. Se concentró en inhalar. Empleó toda su capacidad mental en descifrar el olor que percibía. Era algo que recordaba de su niñez, un aroma perdido en las brumas del tiempo, un olor que por ratos aparecía cuando callejeaba o al entrar en algún local, era a un tiempo la sensación de frescor y plenitud. Se levantó buscando la fuente originaria de esa sensación y se dejó guiar. Sus pies le condujeron hasta el baño.

No era sólo el olor, también estaba el brillo. Y al tacto los azulejos habían perdido esa adherencia fruto de algo que nunca supo identificar, pero que resultaba tener una sospechosa procedencia poco higiénica. Quedó pensativo y, tras una instantánea conexión neuronal, se encaminó apresuradamente hacia la cocina. No sólo la vitrocerámica, sino también el resto de la cocina. Brillo, ausencia de grasa, un cierto olor cítrico, agradable, no a desinfectante de marca blanca del super.

Sonrió.

Por un momento se imaginó como un tipo de superhéroe, un mutante o algo así, con una habilidad

especial, hasta ahora desconocida por él, y que bien le hubiese venido en otras ocasiones, para la limpieza. Era pensarlo y todo quedaba hecho.

Se puso un reto. “Limpiar y ordenar mi habitación”. Y fue hacia allí.

¡MARAVILLOSO!

La cama, que había dejado sin hacer a la mañana al levantarse, no sólo estaba perfectamente hecha. Ni una arruga, ni un lamparón. Miró en los armarios. Nunca había tenido tan ordenada la ropa.

Pensó que nombre podría tener poseyendo una habilidad tal. Súper Limpio. Pero no lo considero apropiado, le pareció demasiado comercial y él no quería ser un superhéroe vulgar, tenía que marcar la diferencia.

Ahora tenía que sentarse y pensar en qué tipo de aventuras tendría que involucrarse un héroe como él en una ciudad como esa. Pero un héroe de verdad necesitaba una ciudad de verdad. Madrid, Barcelona. O tal vez Valencia, donde tenía su sede Fregamax. Tenía que aprovechar esa racha para pedir un aumento de sueldo y un traslado. Y, como no, un ascenso.

El futuro le esperaba.

Argimiro deseaba sentarse en una esquina lejana de cualquier garito y olvidarse del mundo. Y que el mundo le olvidase. Pero se sentía sucio y quería primero pasar por casa y darse una buena ducha.

Estaba metiendo la llave en el portal de Bulevar Norte cuando oyó tras él una voz de mujer. Se giró.

—¿Cómo?

—Que para qué me está buscando, inspector.

Argimiro miró hacia la chica. Suspiró profundamente y con voz cansada invitó a subir.

En el ascensor hicieron las presentaciones. Llegó a su casa y abrió. Un coro de voces infantiles apareció ante él. Cogió a un mocoso pelirrojo en alto. Lupe se sorprendió, no esperaba eso de un inspector de policía, y menos de uno con fama de tipo duro e inflexible.

Apareció la donante de genética que había habilitado la pelambarrera rojiza del niño. Argimiro la presentó como Elena, su mujer.

—Ella es Guadalupe, periodista.

—Puede llamarme Lupe.

—Encantada, pase— la guio hasta un salón enmoquetado en verde con sofás a juego—. Sentaos. ¿Traigo algo?

—No sé.

—A mí una cerveza, cariño. Usted tome lo que quiera, sin problema, de verdad.

—Vale, pues otra cerveza entonces.

La mujer se perdió por el pasillo. Se oía al fondo a los niños.

—¿Son todos suyos?

—No. Sólo el que levanté en brazos. Un trasto. Se parece a su madre. Los otros son su primo y dos amigos, que también viven por aquí, de padres también policías. Es lo que tiene el trabajar con horarios difíciles, tenemos que buscar la manera de atender a toda la manada.

—No me lo imaginaba así.

—¿Cómo me imaginaba?

—Supongo que como el típico poli de serie americana. Duro, solitario, con algún trauma.

—Mi único trauma es tener a un pirado suelto en la ciudad, pero ya lo cogemos. ¿Por qué rechazó mis llamadas?

—No me gusta que me llamen Lupita.

Entró Elena con una bandeja y la dejó sobre una mesa baja del centro del salón. Argimiro esperó a que Lupe tomase la iniciativa. La chica cogió la botella y bebió directamente de ella. El inspector la imitó, aunque normalmente prefería verterla en el vaso.

—Lo siento. Fue lo que me dijeron en la redacción de su periódico.

—Sí. Después lo pensé. Por eso decidí venir a verle.

—Ya. Y veo que su sistema funciona mejor que el nuestro. Yo no he podido ni localizarla a usted, ni al tipo que busco.

—¿Y a quien busca?

—Al hombre que usted entrevistó hoy en Fonte dos Ranchos.

Argimiro le contó su fracaso en el visionado de las cámaras de seguridad y la única pista que habían tenido en sus pesquisas, que llevaba directamente al entrevistado.

—Pues desconozco su nombre. Supongo que ha visto el vídeo. Lo pillé allí, parado, totalmente alucinado. No sabía que era culpable.

—Puede ser. Lo que voy a contarle se supone que es secreto de sumario, pero tarde o temprano lo

descubrirá. En principio ese hombre es el responsable de convertir el águila en esa abominación. Y todo apunta a que lo es también de los sucesos de Fonte dos Ranchos.

—¿Y de las muertes?

—No lo sé. No tenemos nada sobre eso. Y cuando digo nada, es que no hay elementos que nos permitan saber si él u otra persona estaban allí.

—Responderé a su cortesía con la misma. Investigué todas las imágenes que existen en las redes sociales sin poder encontrar ningún nexo de unión. Cuando me avisaron mis compañeros de que usted estaba buscándome, imaginé que usted sí había logrado encontrar ese vínculo. Usted tiene acceso a los informes forenses, ¿eso no le conduce a un culpable?

—Paro cardíaco en todos los casos. Desconozco si eso es posible, son demasiadas coincidencias, pero no es descartable. El cura era mayor, podría ser por la edad, los otros dos por el estrés del trabajo. Posiblemente si no hubiese pasado lo del águila nunca hubiésemos relacionado las muertes con los otros hechos.

Elena les interrumpió.

—¿quiere quedarse a cenar, señorita?

—No, gracias. Me iré ya.

Se levantaron los dos y Argimiro la acompañó hasta la puerta.

—Hablaré con el redactor jefe. Le pediré que saque una foto de ese tipo en la portada. Seguramente alguien lo conozca y podamos dar con él.

—¿Lo cree necesario? Preferiría que esperase. Déjenos investigar. Le prometo que la tendré a usted al tanto de cada avance. Le ofreceré exclusivas, entrevistas. Lo que quiera. Pero deje que yo le marque los tiempos

Guadalupe Lavandeira sabía que tenía su pasaporte para un mundo mejor en el periodismo en aquella noticia. Y que tal vez plegarse a los dictados del policía le podría desbaratar sus planes. Pero leyó en los ojos del policía sinceridad, una sinceridad que muy pocas veces había visto en la gente con la que había tenido que tratar. Una confianza que sólo había encontrado en los ojos de su padre. Y decidió claudicar.

—Vale. Pero quiero ser la primera en enterarme de todo. Ya tiene mi número.

—Cierto. No se preocupe, lo haré.

Cerró la puerta cuando el ascensor ya estaba bajando. Al girarse se encontró con su mujer, esperando.

Insinuó un “¿qué?” con los hombros. Ella no respondió.
Se giró y fue hacia la cocina.

A Argimiro se le quitó el hambre.

Rodolfo no era un sabueso, eso lo sabía perfectamente, pero sí era un pesado, cuando quería. Y ahora estaba deseando quererlo. Sólo tenía que esperar y sería todo lo pesado, obsesivo y latoso que sabía que podía ser. Cuando llegase el larguirucho lo trincaría y terminaría hablando.

Llegar a descubrir a su víctima fue realmente fácil. A veces la suerte sonrío. Le facilitaron la lista y realizó una criba descartando edades. De los diecisiete, cuatro eran menores de veinte y siete mayores de cincuenta. De los seis que quedaban sólo dos tenían teléfono. Uno de ellos tenía fijo y móvil. Probó con el móvil. Bingo.

Llamó y al oír el digito simplemente contestó “Soy Rodolfo”. Automáticamente del otro lado Juan respondió citándolo para hablar.

¿Sería una encerrona? No lo creía. El lugar de la cita era un local bastante lleno. Decidió no entrar, casi no quedaba otro lugar que una esquina estrecha en la barra donde posiblemente no cabría y estaría mecido al vaivén de los clientes yendo al lavabo. Prefirió esperar

en la terraza. Una mesa alta al lado de la puerta en la rúa Nova.

Cuando los vio venir ya iba por la segunda cerveza. Bueno, ya no estaba de servicio, esa misión era extraoficial.

Cuando los tuvo delante, Juan, muy cortésmente, se presentó y también le presentó a Rodolfo a su compañero de avatares.

—Así que ustedes dos están juntos.

—Sí.

—Yo de estas cosas modernas no sé mucho, pero ¿no es un poco raro que un vampiro y un cura trabajen juntos? Se supone que están en bandos opuestos.

—Bueno, es una forma de verlo. Pero creemos que nuestro enemigo es común. Además, buscamos salvar nuestra ciudad.

Rodolfo miró con un rictus que creyó lleno de escepticismo, se imaginaba como un James Bond de capital de provincias, pero realmente el efecto no fue el deseado.

—¿Se encuentra bien? ¿Le pido una manzanilla?

—No. Gracias.me tomaré otra cerveza.

Dejémonos de tonterías y vamos al lío. Cuéntenme.

—¿Lo qué?

—Todo.

El par intercambió una mirada de extrañeza.

—Sé que usted, y supongo que irían ambos, andan preguntando por ahí sobre todo lo que está pasando. Quiero que me lo cuenten todo.

Rodolfo no podía estar muy contento de su manera de manejar el caso, no era sagaz a todas luces, pero ya no daba para más.

—A cambio de qué.

—¿Lo qué?

—Contarle lo que sabemos. A cambio de qué.

—¿De salvarnos todos?

—¿Y nos va a salvar usted? Perdone que lo dude.

—No va a herir mi orgullo. Yo no quiero ser un héroe. Sólo quiero recuperar mi vida gris y aburrida. Y para eso tengo que conseguir que alguien acabe solucionando esto, sea lo que sea— le miraron con escepticismo—. Tal vez no lo crean, pero yo sólo quiero que todo acabe. Cuéntenme lo que saben y yo les ayudaré. Supongo que si usted está ahora con este es porque llegó a la conclusión de que dos cabezas piensan mejor que una. Pues ahora lo mismo, tres mejor que dos.

El par tuvo que admitir que la base argumental era buena. Claudicaron y decidieron contarle todo lo que habían descubierto.

Una vez terminado el relatorio, Rodolfo quedó en trance. Cuando se recobró, les puso al día de los avances de la policía.

El cuadro resultante resultaba aún más caótico y confuso de lo que en un principio se planteaba.

—Bueno, señores. Y ahora, ¿qué?

—Bien—Hermenegildo lo tenía claro—, estamos ante algún tipo de demonio. Sólo nos queda localizarlo y domeñarlo. Y para eso estoy yo.

—Pero tú eres un exorcista de segunda. O ni tan siquiera lo eres. Al fin de cuentas es lo mismo.

—Pues, querido Juan, tendré que ascender a primera. O morir en el intento.

Ramiro no se sentía tan cansado como para quedarse en casa esperando el nuevo día. Sentía cierta euforia apegada al descubrimiento de sus nuevos poderes.

Por otra parte, dentro de él, se libraba una lucha sin cuartel en busca de la cordura. Por una parte, la propia consciencia de Ramiro deseaba volver a la vulgaridad cotidiana de un gris ciudadano. Por otra, el espíritu enclaustrado del demonio trataba insistentemente de encontrar una puerta de salida de ese cuerpo que tanto lo limitaba. Y, entre medias, Ramiro, aquejado de una inconsciencia voluble, levitaba por las aceras de Lugo.

Tenía ganas de una cerveza. La mente, el alma, o lo que fuera que poseía Ramiro, luchaba por convencerlo de que no cayese en la tentación, la situación era delicada y no podría mantener el control si se excedía. Bael, desacostumbrado a los licores terrenos tras siglos de encierro, también impelía a ese desgraciado a alejarse de la tentación. Quizás por esa lucha descomunal tan contraria y desequilibrada,

Ramiro optó por compensarla haciendo caso omiso de lo que su interior marcaba.

Su primera parada fue en el Babel, en la calle Menorca, una estrecha calleja peatonal. Se sentó en la barra. En la pantalla unas chicas movían espasmódicamente sus cuerpos en algo que parecía una danza ritual. No llegó a oír la música, pero tampoco tuvo la sensación de perderse nada importante. Salió y giró a su derecha para avanzar hasta la Milagrosa, giro a izquierda hasta la esquina donde gira a derecha y se mete en el Milano. Allí la pantalla ofrecía un peloteo futbolero que tampoco le interesó. No era capaz de centrar su mente. Sólo bebía. Bajó unos metros y en la acera contraria entro en el Pibe. Más futbol, más cerveza. Salió y bajó hasta la intersección con Camiño Real. Le entraron ganas de miccionar y vio la oportunidad arrimándose a la entrada de un garaje. Salió un chorro cálido que dejaba cierto vaho en suspensión en su caída. Al terminar advirtió cierto olor a azufre. Aliviado, siguió Camiño Real abajo. Llegó a la Porta Nova y entró para enfilear rúa Nova. A la altura del Breoghan vio en la puerta a tres tipos que le resultaron sospechosos. Trató de entrar sin ser visto, pero

trastabilló al entrar y cayó, apoyándose sobre Rodolfo. Pidió perdón y entró. Otra cerveza.

Salió eufórico.

A pesar de que no había tráfico, cruzar Montevideo para seguir avanzando por Rúa Nova hacia el corazón de la ciudad le resultó algo complicado. Cuando pudo llegar a la otra acera vio un edificio, o mejor decir, el esqueleto de lo que fue en tiempos un inmueble con vida e historias desarrollándose en sus entrañas. No tuvo ningún acceso de nostalgia, por el contrario, sintió más euforia. A la mente le vino una imagen que había visto hacía unos años. Un tipejo regordete, con rasgos raciales y carácter agresivo, caminaba con un séquito de aduladores por la ciudad. Señalaba a un edificio y decía “exprópiese” y uno de sus acompañantes apuntaba el dato. Le hizo gracia. Miró al edificio y grito: “Derrúmbese”. Y el edificio, bueno, lo que de él quedaba, cayó.

Ramiro, aún sin recuperar la compostura, huyó a la carrera. Algo dentro de él le aconsejaba prudencia, y no eran ni su alma ni el espíritu invasor.

La cara lateral del museo provincial, donde unos gatos dormitaban al abrigo de la noche, sirvió para que se apoyase a coger resuello. Miró a los gatos que le

devolvieron la mirada, expectantes. Consideró que estaban solos y famélicos, y eso no podía ser así, era injusto. Tendió la mano hacia ellos e innumerables ratas surgieron para susto de los mininos, que antes de lanzarse sobre ellas decidieron salir a la carrera a ponerse a salvo.

Al llegar a la fuente de San Vicente la noto tristonera, vacía, como poco húmeda. Pensó en cómo mejorarla e hizo brotar de ella una inmensa copa de vidrio transparente. Dentro, moviéndose frenéticamente, pececillos de colores diversos y tamaños varios.

Andando ya más tranquilo, llegó hasta la calle de la Cruz. Necesitaba parar. Tenía que recuperar fuerzas. En el Cinco Vigas decidió que era necesario tomarse otra cerveza.

Recuperado, siguió avanzando.

En la Plaza Mayor advirtió una falta grave de color. Hizo brotar flores de todas las tonalidades posibles. Al ver la fachada del Concello, tan gris, tan de piedra, consideró oportuno darle un aire más moderno. Señaló y se volvió fucsia fosforito. El brillo le deslumbró, lo que dificultó su avance. Tiró por Campo Castelo moviendo las manos alborotadamente. Las fachadas de

piedra se fueron tiñendo de diferentes colores. Aquellas que estaban ya pintadas, muchas en tonos pastel, decidió dejarlas tal cual. Divisó una esquina. Cafetería Nevada. Vale. Entró. Otra más. Se sentía feliz. Salió y por inercia entró justo en el local fronterizo. Eduardo. Bien. Otra más. Por alguna razón se sentía levitar. Salió.

Fue deshaciendo el camino hasta la Plaza Mayor, pero en vez de regresar por Conde Pallarés quiso atajar pasando por delante de la catedral.

Al contemplar el cimborrio la notó triste, como si todos los siglos que llevaba erguida le pesaran. Tenía falta de alma. Y él quiso solucionarlo. Con un gesto llenó la fachada de luces de colores. Y un arcoíris brotó del propio cimborrio.

Por último, al llegar a la plaza de Pío XII decidió subir a la muralla. Caminó por su terrosa superficie, que fue alfombrando de un césped color verde vómito, repartiendo alegría y color por todas aquellas fachadas grises que veía en su recorrido. Fuegos de artificio llenaron la noche de Lugo. Aparecieron luces de colores cayendo en cascada por la piedra secular.

Y, feliz de haber concluido su obra, se marchó a casa a descansar. La ciudad gracias a él ya no estaba triste.

Guadalupe regresaba andando por la avenida de la Coruña cuando pudo contemplar al fondo como la muralla se iluminaba con miles de colores. Tardó en reaccionar, pero una vez lo hizo su ritmo fue frenético.

Al llegar a la Puerta de San Fernando esperó para tratar de descubrir el punto desde donde toda esa luminaria brotaba. Así podría encontrar al responsable. Pero, muy a su pesar, no halló indicios de un origen a ese caos lumínico. Desesperada, cruzó la Ronda para atravesar la puerta y acceder corriendo a la calle hasta doblar la primera esquina hacia la izquierda para llegar a la puerta Falsa, allí, detrás de la plaza del Ferrol, estaba el acceso más cercano para subir a la muralla. Posiblemente desde la cima podría encontrar al culpable. Lamentablemente no podía alcanzar a ver toda la cima, algunos edificios y las copas de diferentes árboles, complicaban su tarea. Extrañada miró al suelo para escandalizarse. La textura y el color del alfombrado le provocaba náuseas. Intentando controlarse pudo comprobar como por detrás el tapiz se iba diluyendo. Quedaba claro que si avanzaba podría dar con el creador de esa abominación.

A la altura del cubo da Mosqueira el verde se desviaba para descender por las escalinatas hasta Campo Castillo. Al abordar el primer escalón la velocidad que llevaba le dificultó frenar y se deslizó peldaños abajo hasta caer de culo sobre la losa fría del suelo. Allí el verde de la muralla había cambiado y el suelo presentaba un ajedrezado de múltiples colores, chillones, estridentes, como un suelo de jardín de infancia decorado por un descendiente de Herodes.

Recuperada, pero con el muslo algo dolorido, corrió tras esa procesión de colores. Paso por la puerta de Campo Castillo. Enfrente la fachada blanca de la vieja cárcel, reconvertida en museo, era ahora un naranja encendido que dañaba los ojos. el colorido seguía por Soto Freire, el callejón que separaba la cárcel de la estación de autobuses.

Le faltaba aliento. Le dolían los pulmones y sentía entumecida la pierna que había amortiguado la caída. Pero siguió corriendo.

Dinán sólo tenía colorido en el paso de cebra que la atravesaba. Del otro lado, en el portal al lado de la farmacia, el colorido se terminaba.

No hacía falta pensar mucho para sacar conclusiones, pero el esfuerzo de la carrera no permitía

a las neuronas de Lupe reaccionar. Se sentó en la acera, con la espalda apoyada en la persiana de una frutería. Sus ojos no eran capaces de enfocar la calle. Poco a poco fue llenándose la calle de oscuridad. Las luces, los colores del suelo, las fachadas pintadas, todo fue desapareciendo. Ya más recuperada se levantó para irse. Pero algo en su mente chirriaba. Desandó su camino, esta vez con más calma. La fachada de la cárcel seguía de color naranja tóxica.

—¿Inspector? Perdone que le moleste.

Prácticamente había sido automática la respuesta tan pronto ella terminó de marcar el número de Argimiro. Al otro lado el inspector le habló del caos que vivía la ciudad. Ella esperó hasta que al otro lado de la línea se hizo el silencio.

—Inspector, lo sé. Lo estoy viendo. Tengo noticias. Pero mejor hablamos mañana. Estoy algo cansada y quiero irme a dormir.

—Pero, señorita, tenemos que...

—No se preocupe. Por hoy ya no pasará nada más.

TRES

1

La ciudad gracias a él, Ramiro Huertas, ya no estaba triste. Estaba abrumada. La portada del diario local, con foto a color de las secuelas de la noche en el museo de la Cárcel Vieja, narraba los hechos que habían convertido a la urbe en una fiesta sin fin. Fiesta anómala, donde los invitados, los ciudadanos, parecían más rehenes de una alocada realidad fruto de un Dios aquejado de algún tipo de delirio o de una distorsión de la realidad, y que deja patas arriba la propia realidad y la existencia misma de la ciudadanía, que era la descripción textual del cronista, aquejado él de algún delirio poético. Delirio fallido, pero que acertaba a expresar el alma propia de los ciudadanos en ese amanecer.

Ramiro tenía un dolor de cabeza que le llenaba todo el cuerpo. Un malestar que casi no le permitía moverse. La vista nublada, los huesos que se negaban a erguir el cuerpo, sequedad en la boca.

En el Tiempos Modernos, en la terraza, contemplando la fachada de la sede de Cruz Roja y, quizás por esa misma contemplación, ansiando una aspirina o cualquier otro analgésico, tomaba un café

frío. Se había quedado ensimismado en la portada del diario. No era capaz de leer la crónica, no era capaz siquiera de abrirlo e ir avanzando por las páginas. Aunque sólo fuera leyendo los titulares, aunque sólo viese las fotos. Algo dentro de él, algo que no era capaz de concretar, le decía que tenía una absoluta responsabilidad en los sucesos. Pero Ramiro intentaba por todos los medios averiguar qué era lo que había sucedido. Recordaba haber limpiado la casa. Tal vez por eso se sentía tan cansado, estaba brillante. Incluso más que cuando la estrenó. Y recordaba haber salido a pasear un poco y a beber una cerveza. Precisamente por todos esos lugares por donde se detallaban sucesos que él no recordaba haber visto. ¿Sería después de regresar? ¿A qué hora había vuelto a casa?

Ya bastante tenía con recordar el mal trago pasado en Fonte dos Ranchos.

Respiró hondo. Un día como hoy no era un día para salir a trabajar. Había cubierto ya los números de la semana y se encontraba incapacitado para salir a picar puerta. No estaba en condiciones de hablar con nadie. Pero le espoleaba el ser por vez primera el líder de algo y quería seguir en la cima. Y sobre todo quería aprovechar para conseguir cobrar incentivos. Por

primera vez desde que entró en la empresa. Así que no podía parar.

Pero algo dentro de él le decía que era mejor irse a casa. Y ese algo era, por un lado, su propia mente, que trataba desesperadamente salvar a su propietario. Le iba la vida en ello. Tenía que alejarse de las calles y tratar de permanecer oculto y buscando una solución para su mal, fuese el que fuese.

Pero algo dentro de él le decía que era mejor irse a casa. Y ese algo era, por otro lado, Bael, que se sentía aturdido, enclaustrado, incapaz de reaccionar. Tras miles de años encerrado en una tumba divina era precisamente ahora cuando se sentía oprimido.

Y en esa lucha el dolor de cabeza se recrudeció. Y la mente de Ramiro estalló. Y sus ojos brillaron. Y recuperó el resuello. Y recordó que él era Súper Limpio. De momento, tenía que pensar en un nombre mejor, porque ese era de anuncio barato. Se irguió con el pecho henchido. Y derramó el café.

El redactor jefe era un redactor jefe, es decir, un hombre consciente de la realidad, amante de la verdad, riguroso en el pensar y el decir. Serio. Capaz de cambiar Antequera de ubicación si el sol tenía ocurrencias sobre su recorrido. No reía nunca.

Lupe, sentada ante él, tampoco reía.

—Señorita Lavandeira, ¿se hace cargo de lo que las acciones de usted ayer? ¿De su trascendencia para este diario? ¿Es consciente de lo que eso supone?

Lupe Lavandeira intuía que esa sutil arenga era la antesala de la firma de numerosos papeles. Despido, liquidación, etcétera. Estaba resignada.

—Señor, no sé qué decir.

Realmente sí sabía. Quería despacharse a gusto. Con él, con sus compañeros, con el mundo en general. Pero por prudencia, cansancio o desidia, decidió esperar a que pasase el chaparrón. Ya pensaría después en qué hacer.

—No hace falta que diga nada. Levántese.

Ella, como impelida por un resorte, se puso en pie. El redactor salió de detrás de su mesa, se le acercó

y le dio un abrazo. Abrazo intenso para él, un mero roce según ella. Mejor así, pensó Lupe.

La euforia era parte de la realidad, pero no de la realidad de un redactor jefe. Debe conocerla, pero no caer en su tentación. Y hay que saber administrarla. En especial con los subordinados.

Se le quedó mirando. De un gesto la mandó sentar y él regresó a su sillón.

—Lo que usted hizo ayer es lo que yo busco. Periodismo de raza, de verdad. Gente en la calle, buscando la noticia. Vi el vídeo. Me gustó. Vi sus fotos. No sé por qué no le dejaron hacer la crónica.

—Bueno, usted...

—Exacto. Yo. Yo soy quien tiene que ponerla en su lugar. Salga a la calle y tráigame noticias. Tráigame el sudor, la sangre, y sobre todo las imágenes y palabras de la gente de Lugo. Tenemos que ser noticia. Aquí y en toda España.

—Dirá que tendremos que dar la noticia.

—Claro que la daremos. Nosotros. A nuestra manera. Seremos nosotros quienes demos la noticia, pero también quienes la protagonicemos. Tenemos que localizar al loco que hace todo esto. La próxima vez que actúe, usted tiene que estar allí.

—Yo... no sé qué decir.

—No diga nada. Salga y deje que la realidad hable.

3

Argimiro Luces intuía que no le iba a gustar el día que tenía que vivir. El amanecer llegó con la prensa dando cuenta de los sucesos en la ciudad. Después de hablar con Lupe recibió varias llamadas y no tuvo más remedio que salir de su casa y ponerse en la comisaria al frente de un operativo que, cuando se montó, ya se sabía que llegaría tarde a todas partes. Lo único que hicieron fue tomar declaraciones a todo testigo potencial. Si no fuese por las pruebas documentales y por el aspecto general de los testigos, habría mandado hacer test de drogas a toda la ciudad. Pero él mismo había sido testigo de los estragos.

Con la llegada del amanecer llegó también la prensa. Y las llamadas de Madrid, de Santiago, y del mismo Lugo, Alcaldía, Diputación. Todos exigían saber qué había sucedido. Pero, ¿qué había sucedido? No dudaba de que todo en su conjunto era un continuado delito de alteración del orden público. Pero, ¿para qué? ¿Qué fin perseguía el criminal, o los criminales, si es que se les podía llamar así? Tenía tres muertos, pero ninguna evidencia de que fuesen asesinados. Al contrario, parecían sucesos casuales. Trágicos, pero sin

hecho delictivo que los precediese. Lo único que ligaba las muertes a los disturbios, por llamarlos de alguna manera, era la cercanía en el tiempo. Nada más.

A Argimiro le dolía la cabeza. A Argimiro le dolía incluso la vida.

El único rayo de esperanza era Lupe. Ella parecía tener respuestas. Esperaba su llegada ansioso, confiando en poder revertir su estado de ánimo y el rumbo de la investigación. Y sobre todo, deseaba esa pista que le llevase al culpable para cogerlo y sacarle toda la verdad. Necesitaba entender qué demonios estaba pasando.

Pero quien llegó fue Rodolfo.

No sabía si alegrarse o echarse a temblar. El policía local le había caído mal desde un principio. Y con el tiempo la impresión había empeorado. Vago, despistado, incompetente. Pero, curiosamente, él había sido quien había abierto un camino para hacer avanzar la investigación. Aunque luego ese camino no llevase a ningún lugar.

—Perdone, inspector. Tengo que contarle algo.

—¿Novedades?

—No exactamente. O sí. No sé si me va a creer, pero tengo una pista.

A Argimiro le entró miedo.

A Rodolfo también.

Rodolfo no había podido dormir en toda la noche.

En parte fruto de la excitación de su descubrimiento, y en parte porque sabía que lo propio sería contárselo a su superior, pero que también el hacerlo le podría poner en una situación muy difícil. Por un lado deseaba juntarse al dúo y entre los tres finiquitar el asunto, pero sabía que eso podría acabar en desastre, aunque finalmente consiguiesen reducir al demonio. Por lo que lo mejor era atreverse a hablar con su superior. Pero se exponía a las burlas por el resto de sus días. O incluso a ser expulsado del cuerpo acusado de drogarse o de cualquier demencia.

Rodolfo sudaba.

—Venga, hombre, suéltelo.

—No se lo va a creer.

Argimiro tuvo miedo.

—Salgamos a tomar un café. Necesito respirar aire fresco.

Rodolfo suspiró.

Tampoco Lupe sabía qué hacer. Por un lado, tenía la oportunidad de su vida, una historia que quedaría marcada para la eternidad en la ciudad y que, si ella sabía mostrarla, también para el periodismo. Pero se sentía en deuda con Argimiro. Y además creía firmemente que era a la policía y no a ella a quien le correspondía solucionar todo ese asunto.

Respiró hondo y sacó el móvil del bolso.

—Inspector. Tenemos que hablar.

—Lupe, esperaba su llamada. Estoy saliendo de la comisaría. Voy con uno de mis hombres a tomar café. Tiene información. Tal vez debería usted también y así nos ponemos todos al día. ¿Qué le parece?

—Me parece bien. Tengo una información importante, pero necesito que me prometa que mantendrá nuestro pacto de ayer. Yo seré la única a la que informe hasta que esto acabe.

—Le di mi palabra. Y procuro siempre cumplirla. La noticia es suya. El caso es mío. Nosotros contentos, nuestros jefes también y que después, por fin, venga la paz.

—Perfecto. ¿Dónde nos vemos?

Ramiro estaba totalmente decidido a recorrer la Ronda de Fingoi en busca de clientes, pero sopeso las posibilidades y optó por bajar hacia Aguas Férreas. Antes de llegar a la plaza, en la esquina de Enrique Otero con María Castaña, sintió una vibración extraña. Miró para el edificio que definía esa esquina y se decidió a probar. Parecía tener suficientes viviendas como para poder descargar todo su cargamento en las diferentes viviendas.

El primer botón que tocó dio una respuesta positiva. Ni tan siquiera preguntaron, directamente accionaron la apertura. Empujó y el fresco del rellano de entrada le abrazó. Justo cuando embocaba la entrada del ascensor las puertas se abrieron. Entró y ascendió a la última planta.

Justo delante de la puerta del Séptimo A, donde necesariamente tenía que haber gente ya que le abrieron la puerta, se plantó y compuso la sonrisa antes de tocar el timbre. Y en ese momento la puerta se abrió.

—No eres Fernando.

—No. Soy Ramiro.

—¡Ah, vale! Pues yo esperaba a Fernando.

Hubo un instante donde el silencio lo llenó todo.

—Pasa y tómate un café. ¿Te gusta el café, Ramiro? Claro que te gusta. A quien no le gusta. Pasa. Así, mientras, podemos esperar a Fernando.

—Pero es que yo no quiero esperar a Fernando.

—Vaya. ¿Y eso? ¿Te cae mal? Fernando es un tío guay.

—No conozco a Fernando.

—¡Coño! ¡Cojonudo! Así podrás conocerlo. ¿Cómo te gusta el café? ¡Ah, claro! ¡En taza! Venga, entra.

Por algún motivo los habitantes de la mente de Ramiro desaconsejaban con todas sus fuerzas esa incursión en lo desconocido, pero él, liberado de cualquier atadura, incluso la de la prudencia más elemental, decidió entrar y probar suerte.

El caos luchaba contra la suciedad por reinar en el interior y sorprendentemente ambas triunfaban. En lo que parecía el salón una alfombra gastada por todas partes, lo cual creaba una composición de desteñidos, hacía las veces de butaca, sofá, mesa, suelo, etcétera. Un televisor encendido, de los viejos, de tubo, ofrecía una pálida imagen como un grito de auxilio pidiendo la jubilación inmediata en cualquier vertedero.

—Perdona el desorden. No esperaba visitas.

—¿Y Fernando?

—¡Oh, es verdad!

Y salió corriendo hacia la puerta. La abrió y miró al rellano mientras voceaba el nombre del ausente. Cerró y regresó.

—No está.

Esa afirmación debería haber sido una alarma para Ramiro, pero este estaba obnubilado. Por las pocas neuronas que aún parecían funcionar la idea de hacer brotar a Súper Limpio para poner claridad en el apartamento.

—Sienta, sienta.

Lo imitó.

Con las piernas flexionadas y notando bultos extraños bajo sus posaderas se sentía como un faquir venido a menos. El propietario le acercó una cachimba.

—Dale, verás que te sienta bien.

Al tiempo que fumaba cogió el pocillo que le ofrecía. El humo en la cabeza acabó por derrotar a sus inquilinos. Ramiro dio un sorbo a aquella cosa negra que prometía ser café. Y notó cierto espasmo recorriéndole todo el cuerpo.

—¡¡¡BUUAAAHHHHH!!!!!!!!!!!!

Se irguió excitado, con los ojos en blanco y un ardor en el pecho que nunca había sentido. Al punto la habitación apareció brillante y ordenada. El televisor mostraba una imagen rejuvenecida. El propietario observaba con atención, pero en absoluto silencio.

—¡Vaya! Veo que te ha gustado el café.

Ramiro le miró.

—¿Quieres una Fregamax?

—¡Buah, tío, una Fregamax! ¡Lo más! Claro que sí.— Quedó el hombre en suspenso mirando a Ramiro, y al reaccionar le abordó:—¿Qué es una Fregamax?

—Es la nueva e inimitable fregona del futuro.

—¡Ostras! Y, ¿es ella la que hizo esto?

Ramiro no contestó. Había fronteras que su ética le impedía atravesar.

—Dame, dame. Dame una.

Realizaron la transacción. Y por cortesía, al despedirse, Ramiro advirtió que desconocía al sujeto.

—Bueno, pues marchó—dijo ya en el dintel de la puerta—. Creo que aún no nos hemos presentado.

—Sí, te presentaste al legar, eres Ramiro, sí.

—Esto, sí, soy Ramiro. ¿Y tú eres?

—¿Yo? ¡Coño! Soy Fernando. Pero que cachondo que eres.

6

Dentro del Breoghan no había sitio para que pudieran reunirse y hablar con cierta tranquilidad, por lo que Argimiro y Rodolfo esperaron en la mesa de la terraza. Ya estaban tomando café cuando la reportera apareció. Tras las frases de cortesía y las presentaciones no pasaron directamente al tema que le había reunido. Quedaron en silencio, cada uno dentro de sus propios pensamientos.

Argimiro trataba de descubrir por qué en tan pocas semanas su vida familiar se estaba yendo a pique, por qué, después de tantos sacrificios en casa y en el hogar, lo único con lo que se encontraba era con frialdad. Tenía ganas de marcharse, de poner tierra de por medio.

Lupe tenía miedo. Sentía el vértigo de estar en la antesala del éxito. Y que ese éxito influiría totalmente lo que sería su vida. Y no se había planteado nunca qué quería ser, qué quería hacer. Sí que había pensado mil veces en lo que no deseaba. Y eso le ayudaba a ver el camino. Pero realmente ante ella no había un camino, eran múltiples las sendas. Y era la cantidad y la

magnitud de opciones que se sentía incapaz de dar el primer paso.

Rodolfo directamente no pensaba. Pero no era una falta de ideas en su cabeza. Era una sensación diferente a los momentos del pasado, totalmente alejada de la inacción de sus pasadas etapas de escaqueo. Era la tensión de la caza. Estaba como un perro a la espera de que el certero tiro derribase la presa para salir raudo a cogerla.

—Bueno—Argimiro huyó de sus pensamientos rompiendo el silencio—, oigamos primero lo que el agente Rodolfo tiene que contar.

Y Rodolfo habló. Contó primero los hechos que Argimiro ya conocía, el descubrimiento del cadáver, la transformación del águila en muslo, la conversión en geiser de la fuente... Y después les habló de Juan. Y de Hermenegildo. De las teorías que habían extraído después de conversar con el archivero de la catedral.

Acto seguido Lupe les habló de cómo había logrado seguir el rastro del culpable hasta dar con el portal de su vivienda.

—Bien—Argimiro sopesó los datos—, yo tengo una idea, pero me gustaría saber vuestra opinión.

—Yo propongo esperarle en el portal. No sabemos su nombre, pero sí conocemos su cara.

—¿Y después qué, Lupe?

—Inspector, tenemos que sacarlo de las calles.

—Podemos solucionarlo—miraron con escepticismo a Rodolfo—. Tenemos un exorcista. Si realmente ese hombre está poseído, le quitamos ese espíritu y solucionamos el problema.

—Bueno. En parte, sí. Pero nos queda lidiar con diferentes cuestiones. La primera son las muertes.

—Inspector, no puede detener a un demonio. Acabaríamos los tres en un psiquiátrico.

—Pero sí podemos determinar que son muertes naturales—miraron asombrados a Rodolfo por su lucidez—. Después de todo, la causa oficial de la muerte es paro cardíaco. Nadie, salvo nosotros tres y ese par que les conté, Juan y Hermenegildo, repito, nadie ha relacionado las muertes con los otros sucesos. Podemos dar por bueno el informe forense y cerrar los casos.

—Cierto. Pero, ¿cómo explicamos todos los demás hechos?

—Eso, inspector, lo pensaremos una vez podamos acabar con ese demonio, o lo que sea.

En Aguas Férreas entró al azar en una cafetería de las varias que se desperdigaban por la acera. Sentía deseos de beberse un café de verdad.

En la terraza no le apetecía estar, demasiada gente en las mesas, extraños caminando por la acera y mirando, mirándole. Prefirió meterse dentro. Y allí no había mesas libres, por lo que se acomodó en la barra.

La portada del diario local se burlaba de él con todo el desparpajo de una foto luminosa de la fachada de la vieja cárcel. De un manotazo retiró el ejemplar. Una muchacha que parecía estar construida con palillos recubiertos de una piel pálida, color jamón serrano a punto de caducar, se le acercó. Lucía un tatuaje en el brazo. Ramiro miró sin disimular a la figura con sus colores encendidos que contrastaban vivamente con la palidez de la piel de ella.

—¿Qué? ¿Te gusta?

—No mucho, la verdad.

La chica advirtió que no había captado el tono, ni la intención de la pregunta. Y la contestación fue tan abiertamente sincera que decidió ir directamente al grano.

—¿Qué tomas?

—Con leche. Pero con poca espuma.

Se fue a la cafetera y preparó el café. Como queriendo fumar una imaginaria pipa de la paz se explicó.

—Es un demonio. Un demonio chino. No recuerdo como se llama.

—Me gusta. Pero los demonios no son así.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Has visto alguno?

—Pues no sé cómo lo sé, pero no son así.

Ella le puso el café delante y le regaló su cara de desagrado para hacer constar su malestar, aunque Ramiro no notó la diferencia con su cara de estar normal y distendida.

—¡NENA! El baño.

La voz provenía de un cliente que acababa de abrir la puerta del lavabo de caballeros. El olor inundó el interior del bar. Nadie sabía si el hombre estaba saliendo o quería entrar, pero la puerta quedó medio abierta y la chica se acercó. Le dieron varias arcadas.

Ramiro, con quien no iba para nada la historia, decidió acercarse. ¿por qué lo hizo? Tal vez porque hay gente que nunca aprende y no para de meter la pata.

—Déjame.

Hizo un gesto con la mano.

La chica le miró con una expresión más cercana al miedo que a la incredulidad. Y algo en su cabeza comenzó a desentrañar el comentario sobre demonios.

Ramiro regresó a la barra y se bebió el café. Hizo ademán de pagar y la chica se lo impidió.

—La casa invita. ¡Qué menos! Y gracias.

Ramiro quedó suspendido en un instante y pensó “qué bueno sería tener un gesto como de tío duro para estas ocasiones”, pero regresó al mundo real y simplemente levanto la mano a la altura de la cara y esbozo una sonrisa de bobo contumaz antes de regresar a la calle.

8

El Nevada sólo contaba con un parroquiano acodado en la barra a esa hora de la mañana. Habían elegido ese sitio por su cercanía. Situado en Campo Castillo sólo se precisaban unos cinco o seis minutos para llegar a Dinán.

Rodolfo y Argimiro habían decidido adelantarse para esperar allí al resto de la tropa, mientras que Lupe aprovechaba para ir a su casa a buscar material para registrar los hechos.

Sentados en una mesa, buscando hacer tiempo sin las molestias que el silencio podría causar, se enzarzaron en una conversación intrascendente, pero la evolución de la misma acabó por llevarles a terrenos más espinosos.

—Sabe, Rodolfo, es usted un buen policía.

—Gracias por el cumplido, pero se equivoca, inspector. Sé lo que soy, y por triste que resulte decirlo, me gusta ser un simple funcionario irrelevante que sólo vive para dejar pasar los días.

Argimiro sonrió.

—¿Y qué va a hacer cuando todo esto termine?

—Lo menos posible. Y esperar la jubilación para irme a Castro, a mi casita, para cuidar mi huerto y disfrutar de no tener horarios. ¿Y usted?

—No sé. Las cosas en casa no están bien. Muchas horas fuera, trabajando. Mi mujer está cansada—dio un trago a su café, y aprovechó para aclarar sus ideas—. Estoy a punto de poder pedir segunda actividad. Tengo una buena oferta de una empresa de seguridad como asesor. Y otra de una academia como preparador para las oposiciones. Creo que voy a dejar el cuerpo y dedicarme a una vida más relaja.

El instante trascendental lo cortó la llegada de Lupe. Se acercó a ellos tendiendo una video grabadora Canon pequeña a Rodolfo. Parecía un juguete en sus manos.

—Aunque parezca de juguete, hace unos vídeos muy buenos. Creo que se podría rodar una serie para televisión con mejor calidad que algunas de las que emiten algunas cadenas. Ya la tengo preparada. Al coger a ese tipo te la enciendo para que grabes. Yo—mostró la Nikon que tenía colgada al cuello— haré fotos. ¿Aún no llegó la parejita?

Y cómo si fuesen invocados, Juan y Hermenegildo entraron en el local.

Tras las presentaciones y una breve charla para distender el ambiente, Hermenegildo entró en detalle.

—Me encargaré de realizar el exorcismo para extraer el demonio de ese hombre.

—Pero, ¿tú estás seguro? —Rodolfo mostraba cierto pánico en la expresión de su rostro—. Eres un exorcista de segunda.

—No tenemos otra opción. Pero me he traído ayuda— sacó de dentro de una mochila una botella de agua de litro y medio—. Es agua bendita de la catedral. Imagino que viniendo del templo más importante de la ciudad, tendrá más poder.

—Y luego, ¿qué?

—Después entro yo en escena—Juan sacó de la misma mochila un par de bolsas de sal—. Haremos un círculo con sal y agua bendita y contendremos dentro de él al demonio.

—Es sal normal.

—Coño, Rodolfo, ¿qué querías, sal iodada? Vamos a sacarle un demonio del cuerpo, no a mejorar su alimentación.

—¿Y cómo sabes que esto es efectivo?

Juan miró a Lupe y con la misma seriedad que ella había preguntado, respondió.

—Estudie enfermería y me pague la carrera trabajando como asistente de una señora en Sarria. Doña Marcela. Ella tenía una biblioteca impresionante. Allí había de todo. Y entre todos esos libros encontré un incunable que hablaba de espíritus, demonios, brujas, conjuros y otros asuntos esotéricos que ahora no hacen al caso.

—¿Y fue cuidándola que te decidiste a ser vampiro?

—Algo así, inspector.

—¿Y cómo es que no eres enfermero?

—Descubrí que me mareo cuando tengo que pinchar a alguien y cuando veo sangre.

—Pues vaya mierda de vampiro.

Tras dos rondas de cafés decidieron ponerse en marcha. Faltaba poco para la una y consideraban oportuno comenzar a esa hora a vigilar el portal. Creían que tendría que regresar a casa antes de las tres, aunque estaban dispuestos a esperar cuanto tiempo fuese necesario. Gracias a la grabación de Lupe en Fonte dos Ranchos todos conocían su cara, por lo que podían apostarse cubriendo todas las posibles entradas a la acera de su portal.

Bael nunca había experimentado tal sensación de fracaso. Él, un demonio glorioso, uno de los doscientos caídos cuando Lucifer fue condenado, disfruta de su liberación en una cárcel más cruel que la que le había albergado durante siglos.

Luchando continuamente contra el alma de un vulgar mortal en un espacio donde era imposible poder estar mínimamente cómodo y dirigido por un cuerpo manejado por un demente, se sentía deseoso de poder liberarse. Pero era incapaz de saber cómo hacerlo.

¿Cuántos años tendría que resistir ahí dentro hasta que ese tipo muriese? Y eso si tenía suerte de poder abandonar ese cuerpo cuando el propietario del mismo falleciese.

No tenía más remedio que rendirse ante los hechos. Sólo un milagro podría salvarle.

10

Ramiro sentía dentro sí una sensación extraña. Era algo así como una gripe, pero sin mucosidad, ni tos. Sentía temblores, a veces frío y en otros momentos calor. Un hormigueo continuo le recorría el cuerpo. la cabeza le iba a estallar. Pero dentro de ese malestar general, poseía una lucidez encomiable. Y no sólo eso, su rendimiento laboral era exquisito.

Regresaba al hogar tras otra fructífera mañana. Diez Fregamax vendidas. De seguir así iba a completar un mes insuperable, batiendo todos los records de ventas de la empresa.

Se acercaba a casa con la firme idea de tumbarse a descansar y, esta vez segurísimo, no salir en toda la tarde. No quería, aunque le apetecía horrores, ir a tomarse unas cervezas. Las últimas tardes habían sido experiencias francamente mejorables, por decirlo amablemente. Cuando llegó a la altura de la farmacia algo dentro de él pulsó el botón de alerta, pero no dio importancia a esas sensaciones. Últimamente las sensaciones que percibía le jugaban malas pasadas. Así que metió la llave en la cerradura y abrió la puerta, pero, por cortesía, dejó pasar a esa chica. No la conocía, pero

lo cierto es que casi no conocía a ningún vecino. Se sonrieron. Dentro del portal hacía un fresco agradable. Estaba aguardando a que se abriese la puerta del ascensor cuando advirtió un movimiento del brazo de la chica. Y luego se hizo la oscuridad.

11

Lupe no sabía medir bien su fuerza. Cuando lo vio caer se lamentó, pues creía haberle dado demasiado fuerte. Pero la idea era dejarlo fuera de combate, y la mejor manera de lograrlo era que perdiese el conocimiento.

Apartó el cuerpo de ramiro hacia un lateral y se asomó a la calle para avisar al resto del grupo.

Ya todos dentro del portal, Rodolfo busco la cartera en un bolsillo y sacó el carnet.

—¿Ronda das Mercedes?

—Habrá cambiado de casa hace poco. Dime el nombre y busco en los buzones.

—Ramiro Huertas.

—Ramiro, Ramiro, Ramiro...Joder, casi nadie tiene su nombre en el buzón. Espero que este sí.

—Aquí—señaló Juan—. Tercero Ce.

Juan y Hermenegildo cogieron, cada uno bajo un hombro, a Ramiro y esperaron el ascensor. Cuando la puerta se abrió una viejecita se les quedó mirando intrigada. Iba a gritar cuando de detrás emergió la placa de Argimiro y luego este anunciando quien era y el motivo de portar al pobre hombre.

—Un vahído, simplemente, señora.

—Y no sería mejor llamar a una ambulancia, caballeros...y señorita.

—No se preocupe. Es amigo nuestro. Lo subiremos a casa y le atenderemos allí.

La señora se marchó con una sospechosa arruga de desconfianza frunciéndole el ceño.

Ya en el piso de Ramiro lo tendieron boca arriba en el suelo del salón, el lugar más espacioso de la casa, pero casi no o suficiente como para poder disponer todo para el exorcismo.

Juan rodeó el cuerpo inerte de Ramiro con sal y Hermenegildo derramó agua sobre el círculo. Después, mientras el resto aguardaba fuera, el entró y encaró a su objetivo. Argimiro observaba desde una esquina mientras Lupe sacaba fotos y Rodolfo grababa la escena, procurando ambos no interferir en el exorcismo.

Sus escasos conocimientos de latín y nulos de otros idiomas, le llevó a emprender una vía alternativa. Confiaba su suerte y la del grupo a la acción redentora del agua. Llenó los pulmones de aire y firmemente habló:

—¡¡¡VAITE DE AÍ, DEMO DO CARALLO!!!

(—¡¡¡VETE DE AHÍ, DEMONIO DEL CARAJÓ!!!)

Y derramó sobre la cara de Ramiro el agua restante de la botella.

Ramiro, más por la impresión húmeda sobre su cara que por la frialdad de la misma, se irguió como si hubiesen accionado un resorte en su espalda. Respiraba entrecortado. Con los ojos abiertos pudo observar una borrosa figura ante él. Era algo semejante a un moco flotante de un verdor semitraslúcido.

Juan le gritó algo a Hermenegildo que este no logró entender, pero reaccionó y, sin saber bien qué era lo que hacía, apuntó la boca de la botella hacia la entidad. Y no sabrían decir si fue la botella quien absorbió al ente, o por el contrario fue éste quien se introdujo dentro. Pero una vez allí contenido, el exorcista no dudó en cerrarla.

—Lo propio ahora sería sellarla. Con lacre, principalmente. Pero eso posiblemente derretiría el plástico de la botella y liberaría otra vez al demonio.

Todos miraron a Juan tratando de evaluar la situación.

—Creo que sé dónde ponerlo.

Todos respiraron aliviados y nadie se atrevió a preguntar a Hermenegildo cual sería ese lugar.

Cuando por fin todo parecía haber vuelto a la calma dentro del piso, Argimiro, que parecía ser quien más confianza ofrecía al desconcertado Ramiro, le explicó todo con detalle. A cada nuevo suceso que conocía, Ramiro iba recordando todo cuanto había vivido, de cierta forma inconsciente, eso sí, en los últimos días.

De pronto aporrearón la puerta. Se oyeron gritos fuera.

—Abran, policía. Abran o tiraremos la puerta.

Y Argimiro abrió. Y efectivamente allí estaban sus compañeros, pertrechados para iniciar un asalto al rescate del propietario y con la señora del ascensor observando atentamente y dando sugerencias al cuerpo de asalto.

Cuando por fin se hubo aclarado la situación, la señora regresó, poco avergonzada, eso sí, a su hogar. Y el ahora sexteto, salió a la calle.

Callejearon por Lugo para comprobar que la normalidad había vuelto a la ciudad, aunque ya habían avisado a Argimiro por el móvil que la viajera cárcel volvía a lucir su monótona blancura en la fachada y que el

águila imperial campeaba nuevamente sobre su columna.

El cielo de Lugo era de un azul intenso y el aire olía... bueno, más o menos a lo de siempre, carburante combustionado, pues coincidió que salieron al tiempo que varios autobuses embocaban Dinán para entrar en la estación y finalizar su trayecto.

Unos días después, el domingo, un reportaje extenso narraba los sucesos de la semana en la ciudad. Con un despliegue de fotos y entrevistas de los implicados.

Notificado con anterioridad el subdelegado del gobierno de la verdad de los hechos, éste decidió reunir al resto de los cargos de la ciudad en un conclave privado y urgente. El asesor de la alcaldesa fue quien dio con la solución que todos necesitaban.

Las muertes habían sido desafortunados accidentes, tal como sugerían desde la policía nacional. Los extraños sucesos, se decidió que habían sido actos teatrales que buscaban promocionar Lugo. Su arte y su cultura. Se acordó premiar a los implicados con sumas interesantes para mantener la boca cerrada de todos ellos. Lupe redactó el artículo siguiendo las líneas que le fue trazando el responsable de prensa del consistorio. El presidente de la diputación en persona se encargó de hablar con los superiores de Argimiro y Rodolfo para cerrar un comunicado conjunto de todos los implicados.

Finalmente, el artículo detallaba el fallecimiento por paro cardiaco de los tres infelices. Argimiro

aparecía como el responsable de mantener el orden en la ciudad mientras se desplegaba todo el artificio publicitario. Rodolfo era el héroe que contuvo a las masas en los momentos de caos y mano derecha en la organización de los actos. Y Ramiro el ideólogo del proyecto. Por su parte Lupe sería la encargada de publicitar todo como sucesos para darle más proyección. Juan y Hermenegildo no quisieron aparecer en el reportaje.

A parte de los emolumentos de la administración, cada uno de ellos recibió su correspondiente recompensa en el trabajo. El dueño del diario, tras consultar con el redactor jefe, decidió prejubilarse al jefe de la sección de noticias locales y ascender a ese cargo a Lupe. Era la sangre nueva que el periódico necesita y no podían permitirse el perderla. A Juan lo ascendieron a jefe de negociado, con un despacho privado y una carga de trabajo que hacía que prácticamente tuviese todo el día disponible para sus quehaceres. Argimiro dejó el cuerpo. Finalmente, la empresa de seguridad creyó que era más aprovechable como director de un nuevo departamento y no como asesor. El horario y el salario. Su vida familiar logró volver a la normalidad. Ramiro ascendió a delegado de la zona noroeste. Por fin pudo

trabajar sin depender de la productividad propia. Su nuevo cargo le obligó a irse a vivir a Oviedo, donde tendría oficina y secretaria, además de coche de empresa. Agradeció el cambio de ciudad, deseaba alejarse de todo. Rodolfo tuvo que esperar a la jubilación, pero lo haría con una garita dentro del consistorio, y con el cargo, creado exclusivamente para él, de jefe de seguridad interna. Básicamente tenía que controlar que las puertas se abrieran y cerraban a su hora. Aunque tampoco importaba mucho si no realizaba con diligencia su cometido. Hermenegildo fue enviado a Santiago. Se hablaba de un brillante futuro, incluso de poder llegar a ser nombrado obispo. Pero no se sabía si esto era como resultado de su mediación en los hechos o simplemente porque la falta e vocaciones llevaba aparejada una carestía de miembros que pudiesen ocupar los cargos que iban quedando vacantes.

Lupe decidió conservar las fotos y la grabación. No tanto por motivos sentimentales, como para asegurarse que en un futuro, si la memoria de aquellos que habían pactado la verdad oficial se diluía, tener argumentos para poder encontrar un camino de salida hacia un futuro tranquilo.

Sólo Hermenegildo supo dónde quedó sepultada la botella con Bael. Cierto es que tan sólo Juan tuvo curiosidad por preguntar el paradero del demonio.

Los hechos fueron olvidados. Primero Arde Lucus y después San Froilán, las fiestas fueron un éxito sin precedentes de público, a lo que hay que añadir los numerosos visitantes que tuvo durante todo el verano la ciudad. Todos se alegraban del éxito de la campaña promocional, al tiempo que se disputaban su autoría.

Cuando por fin regresó el otoño y con él el ritmo cotidiano de la ciudad, nadie reparó en que, en el patio del museo provincial, el que fuera convento de San Francisco, el número de gatos había aumentado. Y que ya las palomas no se atrevían a sobrevolar los árboles. Ni que uno de estos árboles mostraba cierto aspecto pétreo, como si fuese una estatua más del museo.

FIN

TOÑO GUEDE



1971. En el año 2000 se edita su primera novela, *Cicatrices* (VariEdiciones). Desde entonces ha publicado siete novelas en español. En 2021 aparece en gallego, su idioma materno, *Só ficarán cinzas en algures* (Editorial Galaxia). Fue también en gallego el idioma en el que comienza a publicar poesía, en el año 2009, cuando aparece su primer poemario *Bolboretas na memoria* (El taller del poeta). Tras la publicación de este poemario y en colaboración con otros escritores de Ourense, Galicia, España, crearon la asociación *Círculo Poético Ourenés*, dedicada a promocionar la literatura, y en

especial la poesía, en los centros educativos de la ciudad. La asociación celebra un Encuentro de Poesía anual de carácter internacional. En él han participado poetas de España, Argentina, Portugal, México, Bolivia, Cuba, Cabo Verde, Brasil. También promueve un certamen de poesía para niños de educación primaria.

Índice

UNO.....	2
1.....	3
2.....	5
3.....	10
4.....	15
5.....	19
6.....	25
7.....	29
DOS.....	31
1.....	32
2.....	39
3.....	43
4.....	46
5.....	55
6.....	59
7.....	64
8.....	66
9.....	72
10.....	75
11.....	79
12.....	84
13.....	87

14	89
15	93
16	99
17	104
18	107
19	113
20	117
21	122
TRES	125
1	126
2	129
3	132
4	135
5	136
6	140
7	143
8	146
9	150
10	151
11	153
12	156
13	158
14	161
TOÑO GUEDE	162



Título: Los demonios lloran arrodillados.

Autor: Toño Guede.

Edición digital Hoja en blanco. Octubre, 2023.

La presente obra fue aportada por el autor de manera voluntaria y gratuita a Hoja en Blanco con fines de difusión literaria. El autor conserva todos los derechos morales y patrimoniales sobre su trabajo. Esta edición está publicada bajo la siguiente licencia de uso *Creative Commons*:



CC BY — NC — ND 4.0

Se permite copiar, descargar y compartir esta edición siempre y cuando se otorguen los créditos pertinentes. No pueden realizarse cambios de forma ni usarse con fines comerciales. La obra original no podrá ser reproducida en otro formato o edición sin la autorización previa y por escrito del autor.

Descarga gratis esta y otras obras en

www.hojaenblancoeditorial.com

